

COLECCIÓN
DE
ORACIONES
ESPÍRITAS

Colección de Oraciones Espíritas

por

Allan Kardec

Allan Kardec

A handwritten signature of Allan Kardec in black ink, featuring a stylized, cursive script with a prominent flourish at the end.

ÍNDICE

Preámbulo.....	5
I. Oraciones Generales	7
Reuniones espíritas – Para los médiums	
II. Oraciones para sí mismo.....	20
III. Oraciones para el prójimo	36
IV. Oraciones para los que ya no estan en la tierra	44
V. Oraciones para los enfermos y los obsesos	56

Colección de Oraciones Espíritas

Preámbulo. – Oraciones generales. – Oraciones para sí mismo.
– Oraciones para el prójimo. – Oraciones para los que ya no
están en la Tierra. – Oraciones para los enfermos y obsesos.

Preámbulo

1. Los Espíritus han dicho siempre: “La forma no es nada; el pensamiento lo es todo. Ore cada uno según sus convicciones y de la manera que más lo conmueva, pues un buen pensamiento vale más que numerosas palabras en las que no toma parte el corazón”.

Los Espíritus no prescriben ninguna fórmula absoluta para las oraciones. Cuando lo hacen, es con el fin de fijar las ideas y, sobre todo, para llamar la atención sobre ciertos principios de la doctrina espírita. También lo hacen para ayudar a las personas que tienen dificultades para transmitir sus ideas, porque las hay que no creerían haber orado realmente si sus pensamientos no hubiesen sido formulados mediante la palabra.

La compilación de oraciones contenidas en este capítulo es una selección de las que han sido dictadas por los Espíritus en diferentes circunstancias. Hubieran podido dictar otras, y en otros términos, apropiadas a ciertas ideas o a casos especiales, pero poco importa la forma si el pensamiento fundamental es el mismo. El objetivo de la oración es elevar nuestra alma a Dios. La diversidad de las fórmulas no debe establecer ninguna diferencia entre los que creen en Él, y aún menos entre los adeptos del espiritismo, porque Dios las acepta todas cuando son sinceras.

Así pues, no debe considerarse esta compilación como un formulario absoluto, sino como una variedad entre las instrucciones que imparten los Espíritus. Es una aplicación de los principios de la moral evangélica que se han desarrollado en este libro, y un complemento a sus dictados acerca de los deberes para con Dios y para con el prójimo, donde se recuerdan todos los principios de la doctrina.

El espiritismo reconoce como buenas las oraciones de todos los cultos, cuando se dicen con el corazón y no con la boca. No impone ni rechaza ninguna. Dios es demasiado grande, según la doctrina espírita, para rechazar la voz que le implora o le canta alabanzas, sólo porque lo hace de un modo y no de otro. *Quienquiera que censurase las oraciones que no están en su devocionario, demostraría que no conoce la grandeza de Dios.* Creer que Dios escucha sólo una fórmula implica atribuirle la trivialidad y las pasiones humanas.

Una condición esencial de la oración, según san Pablo (Véase el Capítulo XXVII, § 16), es que sea inteligible, a fin de que pueda hablar a nuestro espíritu. Para conseguirlo no basta con que se diga en un lenguaje comprensible para el que ora. Hay algunas oraciones en lengua vulgar que no le dicen al pensamiento mucho más que si estuviesen en una lengua extraña y que, por ese motivo, no llegan al corazón. Las pocas ideas que contienen suelen quedar sofocadas por la superabundancia de palabras y por el misticismo del lenguaje.

La principal cualidad de la oración es la claridad, la sencillez y la concisión, sin la fraseología inútil ni el derroche de epítetos que apenas son adornos refulgentes. Cada palabra debe tener su sentido, despertar una idea, conmover una fibra. En síntesis, *debe hacernos reflexionar*. Solamente con esa condición la oración puede lograr su objetivo; de otro modo, *no es más que ruido*. Observad, asimismo, con qué aire de distracción y con qué volubilidad son pronunciadas la mayor parte de las veces. Se ve el movimiento de los labios, pero en la expresión de la fisonomía, así como por el sonido de la voz, se identifica un acto mecánico, absolutamente externo, durante el cual el alma permanece indiferente.

Las oraciones que contiene esta compilación han sido divididas en cinco categorías: 1.^a) Oraciones generales; 2.^a) Oraciones para sí mismo; 3.^a) Oraciones para los vivos; 4.^a) Oraciones para los muertos; 5.^a) Oraciones especiales para los enfermos y los obsesos.

Con el propósito de llamar especialmente la atención hacia el sentido de cada oración, y para que se comprenda mejor su alcance, cada una de ellas está precedida de una instrucción, especie de exposición de los motivos, con el título de *prefacio*.

I. Oraciones Generales

Oración dominical

2. PREFACIO. Los Espíritus nos han recomendado que colocáramos la Oración dominical al principio de esta compilación, no sólo como oración, sino también como símbolo. Entre todas las oraciones, es la que ubican en primer lugar, sea porque proviene del propio Jesús (San Mateo, 6: 9 a 13), sea porque puede suplirlas a todas, según el pensamiento que asociemos a ella. Es el más perfecto modelo de concisión, una verdadera obra maestra de sublimidad dentro de su sencillez. En efecto, pese a su forma breve, resume todos los deberes del hombre para con Dios, para

consigo mismo y para con el prójimo. Lleva implícita una declaración de fe, un acto de adoración y de sumisión, la solicitud de las cosas necesarias para la vida, y el principio de la caridad. Pronunciarla a favor de alguna persona significa pedir para ella lo que se pediría para uno mismo.

No obstante, a causa de su brevedad, el profundo sentido encerrado en las escasas palabras que la componen pasa inadvertido para la mayor parte de las personas. Por ese motivo, generalmente se declama sin que el pensamiento se detenga ante las aplicaciones de cada una de sus partes. Se emite como una fórmula cuya eficacia guarda proporción con la cantidad de veces que se repite. Ahora bien, casi siempre la cantidad de repeticiones coincide con alguno de los números cabalísticos: tres, siete o nueve, tomados de la antigua creencia supersticiosa en la virtud de los números, y de su empleo en los procedimientos mágicos.

De acuerdo con la recomendación de los Espíritus buenos y con su asistencia, hemos añadido un comentario a cada una de las proposiciones de esta plegaria. Ese comentario desarrolla su sentido y pone en evidencia sus aplicaciones, a fin de llenar el vacío que su concisión deja en la mente. Según las circunstancias y el tiempo disponible, se puede pronunciar la Oración dominical en su forma simple o en la desarrollada.

3. Oración. I. ¡Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre!

Creemos en ti, Señor, porque todo revela tu poder y tu bondad. La armonía del universo es el testimonio de una sabiduría, una prudencia y una previsión que superan todas las facultades humanas. El nombre de un ser soberanamente grande y sabio está inscripto en todas las obras de la creación, desde la brizna de hierba y el más pequeño de los insectos, hasta los astros que giran en el espacio. En todas partes vemos pruebas de tu cuidado paternal. Por eso, ciego es el que no te reconoce en tus obras, orgulloso es el que no te alaba, e ingrato es el que no te da las gracias.

II. ¡Venga a nosotros tu reino!

Señor, has dado a los hombres leyes plenas de sabiduría, que los harían felices si las observaran. Con esas leyes reinarían entre ellos la paz y la justicia, y todos se prestarían ayuda mutuamente, en vez de maltratarse como lo hacen. El fuerte sostendría al débil en lugar de abrumarlo. Evitarían los males que los abusos y los excesos de toda índole engendran. Todas las miserias de este mundo provienen de la violación de tus leyes, porque no hay una sola infracción a ellas que no acarree funestas consecuencias.

Has dado al animal el instinto que le marca el límite de lo necesario, y él automáticamente se conforma. En cambio, al hombre le diste, además de ese instinto, la inteligencia y la razón. También le has dado la libertad de cumplir o de infringir aquellas de tus leyes que le conciernen específicamente, es decir, le has dado la libertad de elegir entre el bien y el mal, para que tenga el mérito y la responsabilidad de sus acciones.

Nadie puede alegar que ignora tus leyes, pues con tu providencia paternal has querido que estuviesen grabadas en la conciencia de cada uno, sin distinción de cultos ni de naciones. Los que las violan te menosprecian.

Llegará un día en que, según tu promesa, todos las practicarán. Entonces la incredulidad habrá desaparecido. Todos te reconocerán como el Soberano Señor de todas las cosas, y el reinado de tus leyes será el de tu reino en la Tierra.

Dígnate, Señor, apresurar su advenimiento, brindando a los hombres la luz necesaria para conducirlos al camino de la verdad.

III. ¡Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo!

Si la sumisión es un deber del hijo para con su padre, así como del subalterno para con su superior, ¡cuánto más grande debe ser la de la criatura para con su Creador! Hacer tu voluntad,

Señor, consiste en respetar tus leyes y en someterse sin quejas a tus designios divinos. El hombre obrará de ese modo cuando comprenda que eres la fuente de toda la sabiduría, y que sin ti, él nada puede. Entonces respetará tu voluntad en la Tierra, así como los elegidos la respetan en el Cielo.

IV. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

Danos el alimento para sustentar las fuerzas del cuerpo. Danos también el alimento espiritual para desarrollar nuestro Espíritu.

El animal encuentra su comida, pero el hombre debe su sustento a su propia actividad y a los recursos de su inteligencia, porque lo creaste libre.

Tú le has dicho: “Extraerás tu alimento de la tierra con el sudor de tu frente”. Así, transformaste el trabajo en una obligación, a fin de que los hombres ejercitaran su inteligencia en la búsqueda de los medios para proveer a sus necesidades y a su bienestar, los unos mediante el trabajo material, los otros mediante el trabajo intelectual. Sin el trabajo el hombre permanecería estacionario y no podría aspirar a la felicidad de los Espíritus superiores.

Ayudas al hombre de buena voluntad que confía en ti para obtener lo necesario, pero no al que se complace en la ociosidad y que quisiera obtener todo sin esfuerzo, como tampoco al que busca lo superfluo. (Véase el Capítulo XXV.)

¡Cuántos hay que sucumben por su propia falta, por su desidia, por su imprevisión o su ambición, y por no haber querido contentarse con lo que les habías dado! Esos son los artífices de su propio infortunio, y no tienen derecho a quejarse, porque son castigados por donde han pecado. No obstante, ni siquiera a esos abandonas, pues eres infinitamente misericordioso. Les tiendes las manos para socorrerlos, a partir del momento en que, como el hijo pródigo, retornan sinceramente a ti. (Véase el Capítulo V, § 4.)

Antes de quejarnos de nuestra suerte, preguntémonos si no es producto de nuestras propias acciones. Ante cada desgracia que nos afecte, preguntémonos si no ha dependido de nosotros evitarla. Con todo, tengamos presente también que Dios nos ha dado la inteligencia para que salgamos del lodazal, y que de nosotros depende el modo en que la empleemos.

Dado que el hombre está sometido a la ley del trabajo en la Tierra, concédenos el valor y la fuerza para cumplirla. Concédenos además la prudencia, la previsión y la moderación, a fin de que no perdamos sus frutos.

Danos, pues, Señor, el pan nuestro de cada día, es decir, los medios para que adquiramos, mediante el trabajo, las cosas que necesitamos para la vida, puesto que nadie tiene derecho a reclamar lo superfluo.

En caso de que nos veamos impedidos de trabajar, nos confiaremos a tu divina providencia.

Si está entre tus designios ponernos a prueba con las más arduas privaciones, a pesar de nuestros esfuerzos, las aceptamos como la justa expiación de las faltas que hayamos podido cometer en esta vida, o en una vida precedente, porque eres justo. Sabemos que no hay penas inmerecidas, y que nunca castigas sin un motivo.

Presérvanos, Dios mío, de envidiar a los que poseen lo que nosotros no tenemos, o incluso a los que disponen de lo superfluo, cuando a nosotros nos falta hasta lo necesario. Perdónalos, si acaso olvidaron la ley de caridad y de amor al prójimo que les has inculcado. (Véase el Capítulo XVI, § 8.)

Aparta también de nuestro espíritu la idea de negar tu justicia, si notamos que el malvado prospera, y que en ciertas ocasiones la desgracia se desploma sobre el hombre de bien. Gracias a las nuevas enseñanzas que tuviste a bien concedernos, sabemos ahora que tu justicia se cumple inexorablemente, sin excluir a nadie; que la prosperidad material del malvado es efímera, como lo es tam-

bién su existencia corporal, y que padecerá terribles contratiempos, mientras que la alegría reservada al que sufre con resignación será eterna. (Véase el Capítulo V, §§ 7, 9, 12 y 18.)

**V. Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.
Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido.**

Cada una de nuestras infracciones a tus leyes, Señor, representa una ofensa que te hacemos y una deuda contraída que, tarde o temprano, tendremos que saldar. Te solicitamos que nos las perdones, por tu infinita misericordia, y te prometemos esforzarnos para no contraer nuevas deudas.

Tú nos has impuesto como ley expresa la caridad. Pero la caridad no sólo consiste en asistir a nuestros semejantes en sus necesidades; consiste también en el olvido y en el perdón de las ofensas. ¿Con qué derecho reclamaríamos tu indulgencia, si nosotros mismos no la aplicáramos en relación con aquellos de quienes nos quejamos?

Danos fuerza, Dios mío, para reprimir en nuestra alma el resentimiento, el odio y el rencor. *Haz que la muerte no nos sorprenda con deseos de venganza en el corazón.* Si te satisface sacarnos hoy mismo de este mundo, haz que podamos presentarnos ante ti limpios de toda animosidad, a ejemplo de Cristo, cuyas palabras postreras fueron de clemencia para sus verdugos. (Véase el Capítulo X.)

Las persecuciones que nos hacen padecer los malos forman parte de nuestras pruebas terrenales. Debemos aceptarlas sin quejarnos, al igual que todas las otras pruebas, y no maldecir a los que con sus maldades nos despejan el camino hacia la felicidad eterna, puesto que nos dijiste por boca de Jesús: “¡Bienaventurados los que sufren por la justicia!” Bendigamos, entonces, la mano que nos hiere y nos humilla, porque las heridas del cuerpo fortifican nues-

tra alma, y seremos exaltados a consecuencia de nuestra humildad. (Véase el Capítulo XII, § 4.)

Bendito sea tu nombre, Señor, porque nos has enseñado que nuestra suerte no está inexorablemente determinada después de la muerte; que encontraremos en otras existencias los medios de rescatar y reparar nuestras faltas del pasado, así como de cumplir en una nueva vida lo que no podemos realizar en esta, a los fines de nuestro adelanto. (Véase el Capítulo IV, y el Capítulo V, § 5.)

Con esto se explican, por último, todas las aparentes anomalías de la vida. La luz se proyecta sobre nuestro pasado y nuestro porvenir, señal evidente de tu soberana justicia y de tu infinita bondad.

VI. No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal.¹⁶

Danos, Señor, la fuerza para resistir las sugerencias de los Espíritus malos, que intentan desviarnos del camino del bien inspirándonos malos pensamientos.

No obstante, nosotros mismos somos Espíritus imperfectos, encarnados en la Tierra para expiar nuestras faltas y mejorar. La causa primera del mal reside en nosotros mismos, y los Espíritus malos no hacen más que aprovecharse de nuestras inclinaciones viciosas, en las que nos mantienen para tentarnos.

Cada imperfección es una puerta abierta a la influencia de esos Espíritus. Por otra parte, son impotentes ante los seres perfectos, y renuncian a toda tentativa contra ellos. Todo cuanto nos propongamos hacer para apartarlos resultará inútil, si no les oponemos una voluntad inquebrantable en el sentido del bien, además de que renunciemos por completo al mal. Por consiguiente, es ne-

¹⁶ Algunas traducciones dicen: No nos induzcas a la tentación ("et ne nos inducas in tentationem"). Esa expresión da a entender que la tentación proviene de Dios, y que Él incita voluntariamente a los hombres al mal, lo cual es una idea blasfematoria que igualaría a Dios con Satanás, y que no puede haber sido la de Jesús. Por lo demás, esa idea está conforme con la doctrina vulgar sobre el rol atribuido a los demonios. (Véase El Cielo y el Infierno, Capítulo IX, "Los demonios") (N. de Allan Kardec.)

cesario que dirijamos nuestros esfuerzos contra nosotros mismos. Sólo en ese caso los Espíritus malos se apartarán espontáneamente, porque el mal los atrae, mientras que el bien les produce rechazo. (Véase más adelante “Oraciones para los obsesos”).

Señor, danos amparo en relación con nuestra debilidad. Inspíranos, a través de la voz de nuestros ángeles de la guarda y de los Espíritus buenos, la voluntad de corregirnos de nuestras imperfecciones, para que cerremos a los Espíritus impuros el acceso a nuestra alma. (Véase más adelante el § 11.)

El mal no es obra tuya, Señor, porque la fuente de todo bien no puede generar nada malo. Nosotros mismos somos los que creamos el mal, cuando infringimos tus leyes, y por el mal uso que hacemos de la libertad que nos concediste. Cuando los hombres respeten tus leyes, el mal desaparecerá de la Tierra, del mismo modo que ha desaparecido de los mundos más adelantados.

El mal no es una necesidad fatal para nadie, y sólo les parece irresistible a los que se complacen en él. Si tenemos la voluntad de hacer el mal, podemos también tener la de practicar el bien. Por eso, Dios mío, solicitamos tu asistencia y la de los Espíritus buenos, para resistir a la tentación.

VII. Así sea.

¡Sea tu voluntad, Señor, que nuestros deseos se cumplan! No obstante, nos inclinamos ante tu sabiduría infinita. Que en todo aquello que no nos es dado comprender, se haga tu santa voluntad y no la nuestra, porque sólo quieres nuestro bien y sabes mejor que nosotros lo que nos conviene.

Te dirigimos esta plegaria, ¡oh Dios!, por nosotros mismos, y también por todas las almas que sufren, encarnadas o desencarnadas, por nuestros amigos y nuestros enemigos, por todos los que demandan nuestra asistencia y, en particular, por N...

Para todos suplicamos tu misericordia y tu bendición.

Nota. Aquí se pueden formular los agradecimientos que se quieran dirigir a Dios, así como lo que se desee pedir para sí mismo o para el prójimo. (Véanse más adelante las oraciones de los §§ 26 y 27.)

Reuniones espíritas

4. “Donde están dos o tres personas reunidas en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellas.” (San Mateo, 18:20.)

5. PREFACIO. Estar reunidos en nombre de Jesús, no quiere decir que baste con hallarse materialmente juntos, sino que es necesario reunirse espiritualmente, por la comunión de intenciones y de pensamientos en el sentido del bien. En ese caso, Jesús, o los Espíritus puros que lo representan, estarán presentes en la reunión. El espiritismo nos permite comprender de qué modo los Espíritus pueden estar entre nosotros. Se presentan con su cuerpo fluídico o espiritual, y con la apariencia que nos permitiría reconocerlos en caso de que se hicieran visibles. Cuanto más elevados son en la jerarquía espiritual, tanto mayor es en ellos el poder de irradiación. Así poseen el don de la ubicuidad y pueden encontrarse simultáneamente en diferentes lugares: basta para ello un destello de su pensamiento.

Mediante las palabras precedentes, Jesús quiso mostrar el efecto de la unión y la fraternidad. Lo que lo atrae no es la mayor o menor cantidad de personas que se reúnen —puesto que en vez de dos o tres podría haber dicho diez o veinte—, sino el sentimiento de caridad que recíprocamente las anima. Ahora bien, para eso, basta con que haya dos. No obstante, si esas dos personas oran cada una por su lado, aunque ambas se dirijan a Jesús, no existe entre ellas comunión de pensamientos, sobre todo si no están impulsadas por un sentimiento de mutua benevolencia. Si se miran con prevención, con odio, envidia o celos, las corrientes fluídicas de sus pensamientos se rechazan, en lugar de unirse en un común impulso de simpatía. En ese caso no estarán reunidas en nombre de Jesús. Jesús

será apenas un pretexto para la reunión, pero no el auténtico motivo. (Véase el Capítulo XXVII, § 9.)

Eso no significa que Jesús sea sordo a la voz de una persona que se encuentra a solas. Si no dijo: “Acudiré cuando alguien me llame”, es porque ante todo exige el amor al prójimo, del cual se pueden aportar más pruebas cuando son muchos los que oran, con exclusión de todo sentimiento personal, que cuando solamente uno lo hace de manera aislada. De ahí se sigue que, si en una reunión numerosa, solamente dos o tres personas se unen de corazón, por un sentimiento de verdadera caridad, mientras que las demás se aíslan y se concentran en sus pensamientos egoístas o mundanos, Él estará con las primeras y no con las otras. No es, pues, la simultaneidad de las palabras, de los cánticos o de los actos exteriores lo que constituye la reunión en nombre de Jesús, sino la comunión de pensamientos en concordancia con el espíritu de caridad que Él personifica. (Véase el Capítulo X, §§ 7 y 8, y el Capítulo XXVII, §§ 2 a 4.)

Ese debe ser el carácter de las reuniones espíritas serias, en las que sinceramente se desea el concurso de los Espíritus buenos.

6. ORACIÓN. (Para el comienzo de la reunión.) Rogamos al Señor Dios Todopoderoso que nos envíe Espíritus buenos para asistirnos, aleje a los que podrían inducirnos al error, y nos conceda la lucidez necesaria para que distingamos la verdad de la impostura.

Aparta también, Señor, a los Espíritus malévolos, encarnados o desencarnados, que intentan sembrar la discordia entre nosotros y desviarnos de la caridad y del amor al prójimo. Si algunos de ellos pretenden introducirse aquí, haz que no encuentren acceso en el corazón de ninguno de nosotros.

Espíritus buenos, que os dignáis venir a instruirnos, hacednos dóciles a vuestros consejos, desviad de nosotros toda idea de egoísmo, orgullo, envidia y celos; inspiradnos indulgencia y benevolencia para con nuestros semejantes, presentes o ausentes, ami-

gos o enemigos; haced, en definitiva, que por los sentimientos con que estamos animados, reconozcamos vuestra saludable influencia.

Infundid a los médiums, a quienes escogisteis para transmitir vuestras enseñanzas, la conciencia de la santidad del mandato que se les confía y de la seriedad del acto que van a cumplir, a fin de que lo hagan con el fervor y el recogimiento necesarios.

Si en esta reunión se encuentran personas que han venido atraídas por otros sentimientos que no son los del bien, abrid sus ojos a la luz, y perdonadlas, como nosotros las perdonamos si vinieron con malas intenciones.

Rogamos especialmente al Espíritu de N..., nuestro guía espiritual, que nos asista y vele por nosotros.

7. ORACIÓN (Para finalizar la reunión.) Damos gracias a los Espíritus buenos que se dignaron comunicarse con nosotros. Les rogamos que nos ayuden a poner en práctica las instrucciones que nos han dado, y que hagan que al salir de aquí, cada uno de nosotros se sienta afianzado en la práctica del bien y del amor al prójimo.

Deseamos también que esas instrucciones sean provechosas para los Espíritus que sufren, ignorantes o viciosos, que asistieron a esta reunión, y a favor de los cuales imploramos la misericordia de Dios.

Para los médiums

8. “En los últimos días, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán. En esos días derramaré mi Espíritu sobre mis servidores y mis servidoras, y profetizarán.” (Hechos de los Apóstoles, 2:17 y 18.)

9. PREFACIO. El Señor ha querido que la luz se haga para todos los hombres, y que penetre en todas partes la voz de los Espíritus, con el

fin de que cada uno pueda obtener la prueba de la inmortalidad. Con ese objetivo, los Espíritus se manifiestan hoy en todos los puntos de la Tierra, y la mediumnidad se revela en personas de todas las edades y condiciones, en los hombres y en las mujeres, en los niños y en los ancianos. Se trata de una de las señales de que han llegado los tiempos predichos.

Para que conozca las cosas del mundo visible y descubra los secretos de la naturaleza material, Dios concedió al hombre la vista del cuerpo, los demás sentidos y los instrumentos especiales. Con el telescopio sumerge la mirada en las profundidades del espacio, y con el microscopio ha descubierto el mundo de lo infinitamente pequeño. Para que el hombre penetre en el mundo invisible, Dios le ha dado la mediumnidad.

Los médiums son los intérpretes encargados de transmitir a los hombres las enseñanzas de los Espíritus, o mejor dicho, son los órganos materiales a través de los cuales se expresan los Espíritus y se vuelven inteligibles para los hombres. Su misión es santa, pues tiene por objetivo desplegar los horizontes de la vida eterna.

Los Espíritus vienen a instruir al hombre acerca de su destino futuro, a fin de conducirlo nuevamente al camino del bien, pero no para ahorrarle el trabajo material que aquí debe cumplir a los fines de su adelanto, ni para favorecer su ambición y su codicia. De esto deben compenetrarse debidamente los médiums, para no hacer mal uso de su facultad. El que comprende la gravedad del mandato con que está investido, lo desempeña religiosamente. Su conciencia lo censuraría, como un acto sacrílego, si convirtiera en motivo de diversión o distracción, para él o para otros, una facultad que se le ha concedido con un fin tan serio, y que lo pone en comunicación con los seres de ultratumba.

Como intérpretes de la enseñanza de los Espíritus, los médiums deben desempeñar un rol importante en la transformación moral que se produce. Los servicios que puedan prestar dependen de la buena orientación que impriman a sus facultades, porque los que recorren un camino malo son más perniciosos que útiles a la causa del espiritismo. Por la mala im-

presión que producen, retardan más de una conversión. Por eso tendrán que rendir cuentas del uso que hayan hecho de una facultad que se les concedió para el bien de sus semejantes.

El médium que quiera preservar la asistencia de los Espíritus buenos, debe trabajar en su propio mejoramiento. Aquel que desee que su facultad se incremente y se desarrolle, debe progresar moralmente y abstenerse de todo lo que pueda contribuir a desviarla de su objetivo providencial.

Si los Espíritus buenos se sirven en ocasiones de instrumentos imperfectos, es para darles buenos consejos y procurar conducirlos de nuevo hacia el bien. Pero si encuentran corazones empedernidos, y si sus recomendaciones no son escuchadas, se retiran, y entonces los malos quedan con el campo libre. (Véase el Capítulo XXIV, §§ 11 y 12.)

La experiencia demuestra que, en los médiums que no aprovechan los consejos de los Espíritus buenos, las comunicaciones, después de haber revelado una cierta brillantez durante algún tiempo, degeneran poco a poco y acaban por caer en el error, en la verborragia o el ridículo, señal indiscutible de que los Espíritus buenos se han alejado.

Obtener la asistencia de los Espíritus buenos, apartar a los Espíritus frívolos y mentirosos, tal debe ser la meta de los constantes esfuerzos de los médiums serios. Si eso falta, la mediumnidad se convierte en una facultad estéril, que incluso puede redundar en perjuicio para el que la posee, porque puede degenerar en una peligrosa obsesión.

El médium que comprende su deber, en lugar de enorgullecerse de una facultad que no le pertenece, puesto que puede serle retirada, atribuye a Dios los resultados buenos que obtiene. Si sus comunicaciones reciben elogios, no se envanece, porque sabe que no dependen de su mérito personal, y da gracias a Dios porque ha permitido que los Espíritus buenos se manifiesten por su intermedio. Si esas comunicaciones dan lugar a la crítica, no se ofende, porque no son obra de su propio Espíritu. Por el contrario, se dice a sí mismo que no ha sido un instrumento adecuado, y

que no posee todas las cualidades necesarias para oponerse a la intromisión de los Espíritus malos. Por eso trata de conquistar esas cualidades y solicita, por medio de la oración, las fuerzas que le faltan.

10. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, permite que los Espíritus buenos me asistan en la comunicación que solicito. Presérvame de la presunción de considerarme a salvo de los Espíritus malos; del orgullo que podría hacer que me equivoque acerca del valor de lo que obtenga, y de todo sentimiento contrario a la caridad para con los otros médiums. Si fuera inducido al error, inspira a alguien la idea de advertírmelo, y a mí la humildad que me haga aceptar la crítica con reconocimiento, tomando como dirigidos a mí mismo, y no a los demás, los consejos que los Espíritus buenos se propongan dictarme.

Si por algún motivo fuera tentado a cometer abusos, o a envanecerme de la facultad que has tenido a bien concederme, te ruego que me la retires, en lugar de permitir que pueda desviarla de su objetivo providencial, que es el bien de todos y mi propio adelanto moral.

II. Oraciones para sí mismo

A los ángeles de la guarda y a los Espíritus protectores

11. PREFACIO. Todos tenemos un Espíritu bueno, vinculado a nosotros desde nuestro nacimiento, que nos ha tomado bajo su protección. Desempeña junto a nosotros la misión de un padre para con su hijo: la de conducirnos por el camino del bien y del progreso, a través de las pruebas de la vida. Es feliz cuando correspondemos a sus cuidados, y sufre cuando ve que nos rendimos.

Su nombre importa poco, porque puede ser que no tenga un nombre conocido en la Tierra. Lo invocamos, entonces, como nuestro ángel de la

guarda, nuestro genio bueno. Podemos incluso invocarlo con el nombre de algún Espíritu superior que nos inspire una especial simpatía.

Además de nuestro ángel de la guarda, que en todos los casos es un Espíritu superior, tenemos Espíritus protectores que, aunque menos elevados, no son menos buenos y benévolos. Se trata de parientes o amigos o, en algunas ocasiones, personas que no hemos conocido en nuestra existencia actual. Nos asisten con sus consejos, y muchas veces intervienen en los acontecimientos de nuestra vida.

Los Espíritus simpáticos son aquellos que se vinculan a nosotros por una cierta semejanza de gustos y de inclinaciones. Pueden ser buenos o malos, según la naturaleza de las inclinaciones que los atraen hacia nosotros.

Los Espíritus seductores se esfuerzan en desviarnos del camino del bien, y nos sugieren malos pensamientos. Se aprovechan de nuestras debilidades, porque estas son como puertas abiertas que les permiten acceder a nuestra alma. Los hay que se aferran a nosotros como a una presa, pero se alejan cuando reconocen su impotencia en la lucha contra nuestra voluntad.

Dios nos ha asignado un guía principal y superior: nuestro ángel de la guarda; y guías secundarios: nuestros Espíritus protectores y familiares. No obstante, constituye un error suponer que tenemos forzosamente un genio malo a nuestro lado para contrarrestar las influencias buenas. Los Espíritus malos se presentan voluntariamente, cuando encuentran la forma de ejercer algún predominio sobre nosotros, sea por nuestra debilidad o por nuestra negligencia en la aceptación de las inspiraciones de los Espíritus buenos. Somos nosotros, pues, los que los atraemos. De ahí resulta que nunca estamos privados de la asistencia de los Espíritus buenos, y que depende de nosotros que los malos se aparten. Como el hombre es, debido a sus imperfecciones, la primera causa de las miserias que sufre, la mayoría de las veces es él mismo su propio genio malo. (Véase el Capítulo V, § 4.)

La oración a los ángeles de la guarda y a los Espíritus protectores debe tener por objetivo solicitar que intercedan ante Dios, y pedirles fuerza para resistir a las malas sugerencias, así como su asistencia en las necesidades de la vida.

12. ORACIÓN. Espíritus sabios y benevolentes, mensajeros de Dios, cuya misión consiste en prestar asistencia a los hombres y conducirlos por el camino del bien, sostenedme en las pruebas de esta vida, y dadme fuerzas para soportarlas sin quejarme. Apartad de mí los malos pensamientos y contribuid a que no dé acceso a ninguno de los Espíritus malos que intentan inducirme al mal. Iluminad mi conciencia para que pueda ver mis defectos, y quitad de mis ojos el velo del orgullo, pues me impediría que los viera y me los confesara a mí mismo.

A ti, sobre todo, N..., mi ángel de la guarda, que muy especialmente velas sobre mí, y a vosotros, Espíritus protectores, que os interesáis por mí, permitid que llegue a ser digno de vuestra benevolencia. Conocéis mis necesidades: haced que sean satisfechas según la voluntad de Dios.

13. (OTRA) Dios mío, permite que los Espíritus buenos que me rodean acudan en mi auxilio cuando esté en dificultades, y que me sostengan si vacilo. Haced, Señor, que me inspiren la fe, la esperanza y la caridad; que sean para mí un apoyo, una promesa y una prueba de tu misericordia. Haz, en definitiva, que encuentre en ellos la fuerza que me falta para sobrellevar las pruebas de la vida, así como, para resistir a las sugerencias del mal, la fe que salva y el amor que consuela.

14. (OTRA) Espíritus amados, ángeles de la guarda, vosotros a quienes Dios, en su infinita misericordia, permite que veléis por los hombres, sed nuestros protectores en las pruebas de la vida terrenal. Concedednos la fuerza, la valentía y la resignación. Inspiradnos todo lo bueno, y evitad que caigamos en la pendiente del mal. Que vuestra dulce influencia penetre en nuestra alma. Haced

que sintamos que un amigo sincero está aquí, junto a nosotros, que ve nuestros padecimientos y comparte nuestras alegrías.

Y tú, mi ángel bueno, no me abandones. Necesito toda tu protección para sobrellevar con fe y amor las pruebas que Dios tenga a bien enviarme.

Para alejar a los Espíritus malos

15. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que por dentro estáis llenos de rapiña y de impurezas! ¡Fariseos ciegos, limpiad primero el interior de la copa y del plato, a fin de que también quede limpio el exterior! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, pues sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bellos a los ojos de los hombres, pero que por dentro están llenos de todo tipo de podredumbre! Así también vosotros, por fuera parecéis justos a los ojos de los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidades.” (San Mateo, 23:25 a 28.)

16. PREFACIO. Los Espíritus malos sólo acuden a los lugares donde hallan oportunidades de satisfacer su perversidad. Para alejarlos no alcanza con pedirles, ni tampoco con ordenarles que se retiren. Es preciso que el hombre elimine de sí lo que los atrae. Los Espíritus malos olfatean las llagas del alma, como las moscas olfatean las llagas del cuerpo. Así como limpiáis el cuerpo, para evitar las infecciones, también debéis limpiar el alma de sus impurezas, para evitar a los Espíritus malos. Dado que vivimos en un mundo donde ellos pululan, no siempre las buenas cualidades del corazón nos ponen al resguardo de sus tentativas, aunque esas cualidades nos den fuerza para resistirlos.

17. ORACIÓN. ¡En nombre de Dios Todopoderoso, que los Espíritus malos se alejen de mí, y que los buenos me sirvan de amparo contra ellos!

Espíritus malignos, que inspiráis malos pensamientos a los hombres; Espíritus tramposos y mentirosos, que los engañáis; Espíritus burlones, que abusáis de su credulidad, os rechazo con todas las fuerzas de mi alma, y cierro los oídos a vuestras sugerencias. No obstante, imploro para vosotros la misericordia de Dios.

Espíritus buenos, que os dignáis asistirme, dadme la fuerza para resistir a la influencia de los Espíritus malos, y la comprensión necesaria para que no sea víctima de sus perversas intenciones. Preservadme del orgullo y de la presunción. Apartad de mi corazón los celos, el odio, la malevolencia, y todo sentimiento contrario a la caridad, porque son otras tantas puertas abiertas al Espíritu del mal.

Para corregirse de un defecto

18. PREFACIO. Nuestros malos instintos son el resultado de la imperfección de nuestro propio Espíritu, y no de nuestro organismo. De lo contrario, el hombre estaría exento de toda clase de responsabilidad. Nuestro adelanto depende de nosotros, porque el hombre que se encuentra en pleno goce de sus facultades tiene, en relación con todas las cosas, la libertad de hacer o de dejar de hacer. Para practicar el bien sólo le hace falta la voluntad. (Véase el Capítulo XV, § 10, y el Capítulo XIX, § 12.)

19. ORACIÓN. ¡Oh, Dios mío! Tú me diste la inteligencia necesaria para distinguir el bien del mal. Así pues, desde el momento en que reconozco que algo es malo, soy culpable si no realizo el esfuerzo para rechazarlo.

Presérvame del orgullo que me impediría percibir mis defectos, y de los Espíritus malos que podrían incitarme a perseverar en ellos.

Entre mis imperfecciones, reconozco que soy particularmente propenso a...; y si no resisto a esa inclinación es porque he contraído el hábito de ceder a ella.

No me has creado culpable, porque eres justo, sino con igual aptitud tanto para el bien como para el mal. Si he seguido el camino del mal es por efecto de mi libre albedrío. No obstante, como he tenido la libertad de hacer mal, tengo también la de hacer bien y, por consiguiente, de cambiar el rumbo.

Mis defectos actuales son un resto de las imperfecciones que he conservado de mis precedentes existencias; son mi pecado original, del que puedo despojarme por obra de mi voluntad, con la asistencia de los Espíritus buenos.

Espíritus buenos que me protegéis, y sobre todo tú, mi ángel de la guarda, dadme fuerza para que resista a las malas sugerencias y pueda salir victorioso de la lucha.

Los defectos son las barreras que nos separan de Dios, y cada defecto vencido es un paso hacia adelante en el camino del progreso que habrá de acercarme a Él.

El Señor, en su infinita misericordia, ha tenido a bien concederme la existencia actual para que ella contribuya a mi adelanto. Espíritus buenos, ayudadme a aprovecharla, a fin de que no sea una existencia perdida para mí, y para que, cuando el Señor decida quitármela, me retire mejor que cuando ingresé en ella. (Véase el Capítulo V, § 5, y el Capítulo XVII, § 3.)

Para resistir a una tentación

20. PREFACIO. Todo pensamiento malo puede tener dos orígenes: la propia imperfección de nuestra alma, o una influencia funesta que obre sobre ella. Este último caso siempre es el indicio de una debilidad que nos hace propicios para recibir esa influencia y, por consiguiente, pone en evidencia a un alma imperfecta. De ese modo, el que comete una falta no podrá poner como excusa la influencia de un Espíritu extraño, puesto que ese Espíritu no lo habría inducido al mal si no lo hubiese considerado accesible a la seducción.

Cuando surge en nosotros un pensamiento malo, podemos, pues, imaginar que un Espíritu malévolos nos induce al mal, pero que somos absolutamente libres de acceder o resistir a su atracción, como si se tratara de las incitaciones de una persona que está viva. Al mismo tiempo, debemos imaginarnos que, por su lado, nuestro ángel de la guarda o Espíritu protector combate en nosotros la mala influencia y aguarda con ansiedad la decisión que vamos a tomar. Nuestra vacilación a la hora de hacer o no el mal es la voz del Espíritu bueno, que se hace oír a través de nuestra conciencia.

Se reconoce que un pensamiento es malo cuando se aparta de la caridad, que constituye la base de toda verdadera moral; cuando tiene por principio el orgullo, la vanidad o el egoísmo; cuando su concreción puede causar algún perjuicio a alguien; cuando, en fin, nos induce a hacer a los otros lo que no quisiéramos que nos hiciesen a nosotros. (Véase el Capítulo XXVIII, § 15, y el Capítulo XV, § 10.)

21. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, no me dejes sucumbir ante la tentación que me impulsa a cometer una falta. Espíritus bienhechores, que me protegéis, desviad de mí este pensamiento malo, y dadme fuerza para resistir a la sugestión del mal. Si cedo, mereceré expiar mi falta, tanto en esta vida como en la otra, porque soy libre de elegir.

Acción de gracias por la victoria obtenida sobre una tentación

22. PREFACIO. El que ha resistido a una tentación debe esa victoria a la asistencia de los Espíritus buenos, cuya voz ha escuchado. Así pues, tiene que dar gracias a Dios y a su ángel de la guarda.

23. ORACIÓN. Dios mío, te doy las gracias por haberme permitido salir victorioso de la lucha que acabo de sostener contra el mal. Haz que esa victoria me dé la fuerza para resistir a nuevas tentaciones.

Y a ti, mi ángel de la guarda, te doy las gracias por la asistencia que me diste. ¡Que mi sumisión a tus consejos me haga nuevamente merecedor de tu protección!

Para pedir un consejo

24. PREFACIO. Cuando estamos indecisos al momento de hacer o no una cosa, debemos ante todo plantearnos las siguientes preguntas:

- 1.º) Eso que dudo en hacer, ¿puede acarrear algún perjuicio a alguien?
- 2.º) ¿Puede ser de utilidad para alguien?
- 3.º) Si alguien se condujera así con respecto a mí, ¿me quedaría satisfecho?

Si lo que pensamos hacer es solamente de nuestro propio interés, debemos evaluar las ventajas y los inconvenientes personales que de ello pueden resultar.

Si le interesa a otra persona, y dado que lo que resulta bueno para uno puede perjudicar a un tercero, también es preciso considerar la suma de bien y la de mal que se producirán, antes de adoptar una decisión en cuanto a hacerlo o no.

En síntesis, aun para las mejores cosas debemos considerar la oportunidad y las circunstancias accesorias, porque algo bueno en sí mismo puede dar malos resultados en manos inhábiles, si no fuera manejado con prudencia y circunspección. Antes de emprenderlo conviene que evaluemos sus posibilidades y los medios para su ejecución.

En todos los casos, siempre podemos solicitar la asistencia de nuestros Espíritus protectores, recordando esta sabia máxima: Ante la duda, absente. (Véase el Capítulo XXVII, § 38.)

25. ORACIÓN. En nombre de Dios Todopoderoso, Espíritus buenos que me protegéis, inspiradme para que adopte la mejor resolución en la incertidumbre en que me encuentro. Dirigid mi

pensamiento hacia el bien y desviad la influencia de los que intentan apartarme del camino recto.

En las aflicciones de la vida

26. PREFACIO. Podemos pedir a Dios favores terrenales, y Él podrá concedérmolos cuando tengan un objetivo útil y serio. No obstante, como juzgamos la utilidad de las cosas desde nuestro punto de vista, y como nuestras perspectivas están limitadas al presente, no siempre vemos el lado malo de lo que deseamos. Dios, que ve mejor que nosotros y que sólo quiere nuestro bien, puede, pues, negarnos lo que le pedimos, así como un padre le niega a su hijo lo que podría perjudicarlo. Si no se nos concede lo que pedimos, no debemos desanimarnos. Por el contrario, debemos pensar que la privación de lo que deseamos se nos ha impuesto como una prueba, o como una expiación, y que nuestra recompensa será proporcional a la resignación con que la sobrellevemos. (Véase el Capítulo XXVII, § 6, y el Capítulo II, §§ 5 a 7.)

27. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, que ves nuestras miserias, dignate escuchar con benevolencia la súplica que te dirijo en este momento. Si mi pedido es desatinado, perdóname; si es justo y conveniente según tu mirada, que los Espíritus buenos, que ejecutan tu voluntad, vengan en mi ayuda para su cumplimiento.

Comoquiera que sea, Dios mío, hágase tu voluntad. Si mis deseos no son escuchados, es porque está en tus designios ponerme a prueba, y me someto sin quejarme. Haz que no me afecte el desánimo, y que no flaqueen ni mi fe ni mi resignación.

(Formular el pedido.)

Acción de gracias por un favor obtenido

28. PREFACIO. No hay que considerar como acontecimientos felices tan sólo a los de gran importancia. A menudo, las cosas que parecen insignifi-

cantes son las que más influyen en nuestro destino. El hombre se olvida del bien con facilidad, y prefiere tener presente lo que lo affige. Si registráramos diariamente los beneficios de que somos objeto, sin haberlos solicitado, nos admiraríamos muchas veces de haber recibido tantos que se han borrado de nuestra memoria, y nos sentiríamos humillados por nuestra ingratitud.

Cada noche, cuando elevamos nuestra alma a Dios, debemos recordar en nuestra intimidad los favores que Él nos ha concedido durante el día, y darle gracias por ello. Pero sobre todo, en el momento mismo en que experimentamos el efecto de su bondad y de su protección debemos, con una actitud espontánea, manifestarle nuestra gratitud. Para eso basta con que le dirijamos un pensamiento atribuyéndole el beneficio, sin que haya necesidad de que interrumpamos nuestro trabajo.

Los beneficios de Dios no consisten sólo en cosas materiales. También es preciso agradecerle las buenas ideas, las inspiraciones acertadas que nos llegan como sugerencia. Mientras que el orgulloso atribuye todo eso a sus méritos personales, y el incrédulo lo atribuye al acaso, el que tiene fe da gracias a Dios y a los Espíritus buenos. Para eso no hacen falta frases extensas. Decir: Gracias, Dios mío, por el buen pensamiento que me fue inspirado, es más elocuente que muchas palabras. El impulso espontáneo que nos hace atribuir a Dios todo lo bueno que nos sucede es el testimonio de un hábito de reconocimiento y humildad, que atrae hacia nosotros la simpatía de los Espíritus buenos. (Véase el Capítulo XXVII, §§ 7 y 8.)

29. ORACIÓN. Dios infinitamente bueno, bendito sea tu nombre por los beneficios que me has concedido. Sería indigno de ellos si los atribuyera a la casualidad de los acontecimientos o a mi propio mérito.

Espíritus buenos, que habéis sido los ejecutores de la voluntad de Dios, os agradezco, y sobre todo te agradezco a ti, mi ángel de la guarda. Apartad de mí la idea de enorgullecerme de lo que he recibido, así como de no utilizarlo para el bien.

En especial os doy las gracias por...

Acto de sumisión y de resignación

30. PREFACIO. Cuando tenemos algún motivo de aflicción, si buscamos su causa descubriremos, muchas veces, que ella es la consecuencia de nuestra imprudencia e imprevisión, o de una acción anterior. En cualquiera de estos casos, a nadie debemos culpar más que a nosotros mismos. Cuando la causa de una desgracia es independiente de toda participación nuestra, se trata de una prueba para esta vida o de la expiación de una falta cometida en una existencia anterior. En este último caso, la naturaleza de la expiación puede hacernos conocer la naturaleza de la falta, porque siempre somos castigados por donde hemos pecado. (Véase el Capítulo V, §§ 4, 6 y siguientes.)

En lo que nos affige, por lo general sólo vemos el mal presente, y no las consecuencias posteriores favorables que nuestra desdicha puede generar. El bien es, muchas veces, la consecuencia de un mal pasajero, del mismo modo que la curación de una enfermedad es el resultado de las terapias dolorosas que se han empleado para obtenerla. En todos los casos debemos someternos a la voluntad de Dios y soportar con valor las tribulaciones de la vida, si queremos que se nos tomen en cuenta y que se apliquen a nosotros estas palabras de Cristo: “Bienaventurados los que sufren”. (Véase el Capítulo V, § 18.)

31. ORACIÓN. Dios mío, eres soberanamente justo. Todo sufrimiento en la Tierra debe, pues, tener su causa y su utilidad. Acepto la aflicción que acabo de experimentar, como una expiación de mis faltas pasadas y como una prueba para el porvenir.

Espíritus buenos que me protegéis, dadme fuerza para soportarla sin quejarme. Haced que para mí sea una advertencia saludable; haced que permita aumentar mi experiencia; que derrote en mí el orgullo, la ambición, la necia vanidad y el egoísmo, y que contribuya de ese modo a mi adelanto.

32. (OTRA) Siento, ¡oh Dios mío!, la necesidad de rogarte que me des fuerza para sobrellevar las pruebas que has tenido a

bien enviarme. Permite que la luz sea suficientemente intensa en mi espíritu, a fin de que aprecie la magnitud de un amor que me hace sufrir porque quiere mi salvación. Me someto con resignación, ¡oh Dios mío! Pero, por desgracia, la criatura humana es tan débil, que temo desfallecer si no me sostienes. No me abandones, Señor, porque sin ti nada puedo.

33. (OTRA) Elevé la mirada hacia ti, ¡oh Eterno!, y me sentí fortalecido. Tú eres mi fuerza, no me abandones. ¡Oh Dios! Estoy abrumado bajo el peso de mis iniquidades. Ayúdame. Tú conoces la debilidad de mi carne. ¡No apartes tu mirada de mí!

Una sed ardiente me devora. Haz que brote un manantial de agua viva, y en él saciaré mi sed. Que mi boca sólo se abra para cantarte alabanzas, y no para quejarme de las aflicciones de mi vida. Soy débil, Señor, pero tu amor me sostendrá.

¡Oh Eterno! Sólo tú eres grande, sólo tú eres la finalidad y el objetivo de mi vida. Bendito sea tu nombre, si me haces sufrir, porque tú eres el Señor y yo el servidor infiel. Doblaré la frente sin quejarme, porque sólo tú eres grande, sólo tú eres la meta.

Ante un peligro inminente

34. PREFACIO. Por medio de los peligros a que estamos expuestos, Dios nos advierte acerca de nuestra debilidad y de la fragilidad de nuestra existencia. Nos enseña que nuestra vida está en sus manos, y que pende de un hilo que puede romperse en el momento en que menos lo esperamos. En ese sentido, no existe privilegio para nadie, porque tanto el grande como el pequeño están sometidos a las mismas alternativas.

Si analizamos las características y las consecuencias del peligro, veremos que esas consecuencias, en caso de que se hicieran efectivas, habrían sido, la mayoría de las veces, el castigo por una falta cometida o por un deber que se ha descuidado.

35. ORACIÓN. ¡Dios Todopoderoso, y tú, mi ángel de la guarda, socorredme! Si debo morir, que se cumpla la voluntad de Dios. Si debo salvarme, que durante el resto de mi vida repare el mal que he hecho y del que me arrepiento.

Acción de gracias por haber salido de un peligro

36. PREFACIO. Por medio del peligro que hemos corrido, Dios nos enseña que en cualquier momento podemos ser convocados a rendir cuentas del empleo que hemos hecho de la vida. De ese modo nos advierte que debemos estar atentos a nosotros mismos y enmendarnos.

37. ORACIÓN. A ti, Dios mío, y a mi ángel de la guarda, os doy las gracias por el socorro que me habéis enviado cuando el peligro me amenazaba. Que ese peligro sea para mí un aviso y me instruya acerca de las faltas que tal vez lo atrajeron hacia mí. Comprendo, Señor, que mi vida está en tus manos, y que puedes quitármela cuando te plazca. Inspírame, a través de los Espíritus buenos que me asisten, la idea de emplear útilmente el tiempo que aún me concedes en este mundo.

Ángel de la guarda, sostenme en la resolución que adopto, de reparar mis errores y de hacer todo el bien que de mí dependa, con el fin de llegar con menos imperfecciones al mundo de los Espíritus, cuando Dios decida llamarme.

En el momento de dormirse

38. PREFACIO. El sueño es el descanso del cuerpo, pero el Espíritu no necesita reposo. Mientras los sentidos fisiológicos se hallan adormecidos, el alma se desprende parcialmente de la materia, y goza de sus facultades de Espíritu. El sueño se le ha dado al hombre para la reparación de las

fuerzas orgánicas y morales. Mientras el cuerpo recupera los elementos que ha perdido por efecto de la actividad de la vigilia, el Espíritu acude a fortalecerse entre otros Espíritus. De lo que ve y escucha, y de los consejos que se le dan, absorbe ideas que, al despertar, vuelve a encontrar en estado de intuición. Es como el desterrado que regresa por un tiempo a su verdadera patria; como el preso a quien se pone en libertad momentáneamente.

Pero sucede, como con el presidiario perverso, que el Espíritu no siempre aprovecha ese momento de libertad para su adelanto. Si conserva malos instintos, en vez de buscar la compañía de Espíritus buenos, busca la de sus iguales, y va de visita a los lugares donde puede dar libre curso a sus inclinaciones.

Aquel que esté compenetrado de esta verdad, eleve su pensamiento, en el momento en que vaya a dormir, y pida consejos a los Espíritus buenos y a todos aquellos cuyo recuerdo le sea querido, a fin de que acudan a reunirse con él durante los breves instantes de libertad que se le conceden. Entonces, al despertarse, se sentirá reconfortado para luchar contra el mal y con más valor ante la adversidad.

39. ORACIÓN. Mi alma va a encontrarse durante algunos instantes con otros Espíritus. Que vengan los buenos y me ayuden con sus consejos. Ángel de la guarda, haz que al despertar conserve de esa convivencia una impresión duradera y saludable.

Quando se prevé la proximidad de la muerte

40. PREFACIO. La fe en el porvenir y la elevación del pensamiento hacia los destinos futuros, favorecen y aceleran durante la vida el desprendimiento del Espíritu, porque debilitan los lazos que lo retienen en el cuerpo, de tal modo que muchas veces no se ha extinguido aún la vida del cuerpo, y el alma, impaciente, ya ha remontado vuelo hacia la inmensidad. Por el contrario, en el hombre que concentra todos sus pensamientos en las cosas materiales, los lazos son más tenaces, la separación

es penosa y dolorosa, y el despertar en el Más Allá está caracterizado por la turbación y la ansiedad.

41. ORACIÓN. Dios mío, creo en ti y en tu bondad infinita, razón por la cual no puedo creer que hayas dado al hombre la inteligencia para conocer y la aspiración al porvenir, para luego sumergirlo en la nada.

Creo que mi cuerpo es sólo la envoltura perecedera de mi alma y que, cuando él haya cesado de vivir, me despertaré en el mundo de los Espíritus.

Dios Todopoderoso, siento que se deshacen los lazos que unen mi alma al cuerpo, y que pronto voy a rendir cuentas del empleo que he hecho de la vida que dejo.

Voy a sufrir las consecuencias del bien y del mal que he realizado. Allá no habrá más fantasías ni subterfugios posibles. Todo mi pasado habrá de desplegarse delante de mí, y seré juzgado según mis obras.

Nada me llevaré de los bienes de la Tierra. Honores, riquezas, satisfacciones de la vanidad y del orgullo; en definitiva, todo lo que pertenece al cuerpo va a quedar en este mundo. Ni la más pequeña de las cosas me acompañará, ni me será de utilidad alguna en el mundo de los Espíritus. Sólo llevaré conmigo lo inherente al alma, es decir, las buenas y las malas cualidades, que serán pesadas en la balanza de la más rigurosa justicia. Seré juzgado con tanta más severidad cuanto mayor haya sido el número de las ocasiones que tuve para hacer el bien y no lo hice, conforme a la posición que ocupé en la Tierra. (Véase el Capítulo XVI, § 9.)

¡Dios de misericordia, llegue hasta ti mi arrepentimiento! Dígnate cubrirme con el manto de tu indulgencia.

Si fuera tu voluntad prolongar mi existencia, que lo que reste de ella sea empleado para reparar, tanto como de mí dependa, el mal que haya hecho. Si ha llegado fatalmente mi hora, llevo

conmigo el pensamiento consolador de que me será permitido redimirme por medio de nuevas pruebas, a fin de que un día merezca la felicidad de los elegidos.

Si no me es permitido gozar de inmediato de esa felicidad plena, que sólo comparten los justos por excelencia, sé que la esperanza no está definitivamente perdida para mí, y que mediante el trabajo alcanzaré la meta, más tarde o más temprano, según mis esfuerzos.

Sé que los Espíritus buenos y mi ángel de la guarda están cerca de mí, para recibirme; que dentro de poco los veré, así como ellos me ven a mí. Sé que volveré a encontrar a los que he amado en la Tierra, *si lo merezco*, y que los que dejo aquí vendrán a unirse conmigo para que un día estemos juntos para siempre, y que, hasta tanto llegue ese día, podré venir a visitarlos.

Sé también que voy a encontrar a los que he ofendido. ¡Les ruego que me perdonen todo lo que puedan reprocharme: mi orgullo, mi crueldad, mis injusticias, a fin de que en su presencia no me abrumen la vergüenza!

Perdono a los que me han hecho o han querido hacerme mal en la Tierra. No tengo contra ellos mala voluntad y ruego a Dios que los perdone.

Señor, dame fuerzas para que renuncie sin sufrir a los placeres groseros de este mundo, que nada representan en relación con los goces puros del mundo en que voy a ingresar. Allí, para el justo, ya no hay tormentos, sufrimientos ni miserias. Sólo sufre el culpable, pero siempre le queda la esperanza.

A vosotros, Espíritus buenos, y a ti, mi ángel de la guarda, no me dejéis flaquear en este instante supremo. Haced que resplandezca ante mí la luz divina, para que se reanime mi fe si llegase a vacilar.

Nota. Véase más adelante el § V: Oraciones para los enfermos y obsesos.

III. Oraciones para el prójimo

Para los que están en la aflicción

42. PREFACIO. Si es de interés para el afligido que su prueba siga su curso, esta no se abreviará por nuestro pedido. Con todo, sería falta de piedad que nos desanimáramos porque nuestra súplica no fue atendida. Además, aunque no se produzca la cesación de la prueba, podemos esperar algún otro consuelo que atenúe su pesar. Lo verdaderamente útil para el que sufre es el valor, la resignación, sin los cuales su sufrimiento no será provechoso para él, porque deberá empezar de nuevo la prueba. Hacia ese objetivo, pues, es menester dirigir todos los esfuerzos, ya sea pidiendo que los Espíritus buenos acudan en su ayuda, o bien apuntalando la moral del afligido por medio de consejos y palabras de estímulo, e incluso asistiéndolo materialmente, si existiera la posibilidad. La oración puede, en ese caso, tener también un efecto directo, al emitir, en dirección a la persona por quien se ora, una corriente fluidica con la intención de fortalecer su moral. (Véase el Capítulo V, §§ 5 y 27, y el Capítulo XXVII, §§ 6 y 10.)

43. ORACIÓN. Dios mío, de infinita bondad, dignate aliviar la penosa situación de N..., si esa fuera tu voluntad.

Espíritus buenos, en nombre de Dios Todopoderoso, os suplico que lo asistáis en sus aflicciones. Si en bien de su propio interés no fuera posible aliviarlas, hacédle comprender que son necesarias para su adelanto. Infundidle confianza en Dios y en el porvenir, para que le resulten menos pesadas. Dadle también fuerza para que no se abandone a la desesperación, porque perdería el fruto de sus padecimientos y haría que su situación futura fuese aún más penosa. Guiad mi pensamiento hacia él, para que lo ayude a sostener su ánimo.

Acción de gracias por un favor concedido a otro

44. PREFACIO. El que no está dominado por el egoísmo se alegra del bien que se concede a su prójimo, aunque no lo haya solicitado mediante la oración.

45. ORACIÓN. Dios mío, bendito seas por la felicidad que has concedido a N...

Espíritus buenos, haced que él vea en esa felicidad un efecto de la bondad de Dios. Si el bien que se le concede es una prueba, inspiradlo para que haga de él un buen uso, y no para que se envanezca, a fin de que ese bien no llegue a resultarle perjudicial en el porvenir.

A ti, genio bueno que me proteges y deseas mi felicidad, aleja de mi corazón todo sentimiento de envidia o de celos.

Para nuestros enemigos y para los que nos quieren mal

46. PREFACIO. Jesús dijo: Amad incluso a vuestros enemigos. Esta máxima constituye lo sublime de la caridad cristiana. No obstante, con ella Jesús no pretende que debamos sentir por nuestros enemigos el cariño que dispensamos a nuestros amigos. Con esas palabras nos recomienda que olvidemos sus ofensas, que les perdonemos el daño que nos hacen, que les devolvamos bien por mal. Además del mérito que resulta de ello ante Dios, se muestra a los hombres dónde reside la verdadera superioridad. (Véase el Capítulo XII, §§ 3 y 4.)

47. ORACIÓN. Dios mío, perdono a N... el mal que me ha hecho y el que ha querido hacerme, así como deseo que Tú me perdones y que él también me perdone las faltas que yo haya cometido. Si lo has colocado en mi camino como una prueba, hágase tu voluntad.

Desvía de mí, Dios mío, la idea de maldecirlo y todo deseo malévolos en contra de él. Haz que nunca experimente alegría por las desgracias que puedan afectarlo, ni pena con lo bueno que se le pudiera conceder, para que no perturbe mi alma con pensamientos indignos de un cristiano.

Señor, que tu bondad se extienda sobre él y lo conduzca a mejores sentimientos con respecto a mí.

Espíritus buenos, inspiradme el olvido del mal y el recuerdo del bien. ¡Que no entren en mi corazón el odio, ni el rencor, ni el deseo de devolverle mal con mal, porque el odio y la venganza sólo pertenecen a los Espíritus malos, ya sea que estén encarnados o desencarnados! Por el contrario, ¡que yo esté dispuesto a tenderle fraternalmente la mano, a devolverle bien por mal y a prestarle auxilio si estuviera a mi alcance!

Deseo, para dar muestra de la sinceridad de mis palabras, que se me ofrezca la ocasión de serle útil; pero sobre todo, Dios mío, presérvame de hacerlo por orgullo u ostentación, agobiándolo con una generosidad humillante, lo que me haría perder el fruto de mi acción, porque entonces sería merecedor de que se me aplicaran estas palabras de Cristo: *Ya recibiste tu recompensa.* (Véase el Capítulo XIII, § 1 y siguientes.)

Acción de gracias por el bien concedido a nuestros enemigos

48. PREFACIO. No desear el mal a los enemigos es ser caritativo a medias. La verdadera caridad requiere que les deseemos el bien, y que nos alegremos por las gracias que reciben. (Véase el Capítulo XII, §§ 7 y 8.)

49. ORACIÓN. Dios mío, en tu justicia has querido alegrar el corazón de N... Te doy las gracias por él, a pesar del mal que me ha hecho o ha procurado hacerme. Si se valiese de ese bien para humillarme, lo aceptaré como una prueba para mi caridad.

Espíritus buenos que me protegéis, no permitáis que experimente por ello ningún pesar. Desviad de mí la envidia y los celos que degradan. Inspiradme, por el contrario, la generosidad que eleva. La humillación está en el mal y no en el bien, y sabemos que tarde o temprano a cada uno se hará justicia según sus obras.

Para los enemigos del espiritismo

50. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

”Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos.

”Bienaventurados seréis cuando los hombres os agobien con maldiciones, os persigan y digan falsamente toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Regocijaos entonces, porque una gran recompensa os está reservada en los Cielos, pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros. (San Mateo, 5:6, 10 a 12.)

“Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno.” (San Mateo, 10:28.)

51. PREFACIO. De todas las libertades, la que tiene menos posibilidades de ser vulnerada es la de pensar, que incluye también la libertad de conciencia. Censurar a los que no piensan como nosotros es reclamar esa libertad para sí y negársela a los demás, es violar el primer mandamiento de Jesús: la caridad y el amor al prójimo. Perseguirlos en virtud de su creencia significa atentar contra el derecho más sagrado que todo hombre tiene de creer en lo que le plazca y de adorar a Dios conforme lo entienda. Obligarlos a actos exteriores semejantes a los nuestros es poner de manifiesto que se atiende más a la forma que al fondo, a las apariencias más que a la convicción. La abjuración forzada nunca confirió la fe a quienquiera que fuese; sólo puede generar hipócritas. Constituye un abuso de la fuerza material, que no prueba la verdad. La verdad está segura de sí misma. Convince pero no persigue, porque no tiene necesidad de perseguir.

El espiritismo es una opinión, una creencia. Incluso si fuera una religión¹⁷, ¿por qué no habría de tener el hombre la libertad de llamarse espírita, como tiene la de llamarse católico, judío o protestante, adepto de tal o cual doctrina filosófica, de tal o cual sistema económico? Esa creencia puede ser falsa o verdadera. Si es falsa, caerá por su propio peso,

¹⁷ Acerca de esta cuestión, véase el discurso de Allan Kardec publicado en la Revista Espírita, Año XI, Vol. 12, diciembre de 1868: “El espiritismo, ¿es una religión?”, Buenos Aires: CEA, 2004. (N. del T.)

porque el error no puede prevalecer sobre la verdad cuando las inteligencias se ilustran. Si es verdadera, la persecución no la convertirá en falsa.

La persecución es el bautismo de toda idea nueva, grande y justa; crece con la magnitud y la importancia de la idea. El encarnizamiento y la cólera de sus enemigos son proporcionales al temor que les inspira. Por esa razón el cristianismo fue perseguido en el pasado y el espiritismo lo es en la actualidad, con la diferencia, sin embargo, de que el primero lo fue por paganos, mientras que el segundo lo es por cristianos. Se acabó el tiempo de las persecuciones sangrientas, es verdad. Con todo, si bien ya no matan al cuerpo, atormentan al alma; la atacan hasta en sus sentimientos más íntimos, en sus afectos más preciados. Introducen la desunión en las familias, predisponen a la madre contra la hija, a la esposa contra el marido. Atacan incluso el cuerpo, en lo que respecta a sus necesidades materiales, quitándole su medio de vida para someterlo mediante el acoso del hambre. (Véase el Capítulo XXIII, § 9 y siguientes.)

Espíritas, no os aflijáis por los golpes que os lanzan, porque son la prueba de que la verdad está de vuestra parte. En caso contrario os dejarían tranquilos y no os perseguirían. Se trata de una prueba para vuestra fe, pues gracias a vuestro valor, vuestra resignación y vuestra perseverancia, Dios os reconocerá entre sus fieles servidores, cuya enumeración hace hoy para dar a cada uno la parte que le corresponde según sus obras.

A ejemplo de los primeros cristianos, cargad con dignidad vuestra cruz. Creed en las palabras de Cristo, que dijo: “Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos. No temáis a los que matan el cuerpo, pues no pueden matar el alma”. Dijo también: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os hacen mal, y orad por los que os persiguen”. Demostrad que sois sus verdaderos discípulos y que vuestra doctrina es buena, haciendo lo que Él dijo y lo que Él mismo hizo.

La persecución continuará por algún tiempo. Así pues, aguardad con paciencia a que despunte la aurora, porque ya titila en el horizonte el lucero de la mañana. (Véase el Capítulo XXIV, § 13 y siguientes.)

52. ORACIÓN. Señor, tú nos dijiste por boca de Jesús, tu Mesías: “Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia; perdonad a vuestros enemigos; orad por los que os persiguen”. Y Él mismo nos mostró el camino, al orar por sus verdugos.

A fin de seguir su ejemplo, Dios mío, imploramos tu misericordia para los que desprecian tus divinos preceptos, los únicos que pueden garantizar la paz en este mundo y en el otro. Nosotros también decimos, como Cristo: “Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”.

Danos fuerza para soportar con paciencia y resignación, como pruebas para nuestra fe y nuestra humildad, sus burlas, sus injurias, sus calumnias y persecuciones. Apártanos de todo pensamiento de represalia, porque la hora de tu justicia sonará para todos, y la esperamos con sumisión a tu santa voluntad.

Para un niño recién nacido

53. PREFACIO. Los Espíritus alcanzan la perfección sólo después de haber pasado por las pruebas de la vida corporal. Los que se encuentran en la erradicidad esperan que Dios les permita volver a tomar una existencia que habrá de proporcionarles los medios para progresar, ya sea por la expiación de sus faltas pasadas, por medio de las vicisitudes a las que son sometidos, o cumpliendo una misión útil a la humanidad. Su adelanto y su felicidad futura serán proporcionales a la manera como hayan empleado el tiempo que deben pasar en la Tierra. El encargo de guiar sus primeros pasos y orientarlos hacia el bien está confiado a sus padres, que responderán ante Dios por el modo como hayan cumplido ese mandato. Para facilitarles la tarea, Dios ha hecho del amor paternal y del amor filial una ley de la naturaleza, ley que jamás se viola impunemente.

54. ORACIÓN. (Para que la digan los padres.) Espíritu que has encarnado en el cuerpo de nuestro hijo, bienvenido seas entre nosotros. Dios Todopoderoso, que nos lo has enviado, bendito seas.

Este hijo constituye un encargo que nos ha sido confiado y del que un día deberemos rendir cuentas. Si pertenece a la nueva generación de Espíritus buenos que habrán de poblar la Tierra, ¡gracias, Dios mío, por ese favor! Si se trata de un alma imperfecta, nuestro deber es ayudarlo para que progrese en el camino del bien, mediante nuestros consejos y buenos ejemplos. Si cae en el mal por culpa nuestra, responderemos por ello ante ti, pues habremos fracasado en nuestra misión para con él.

Señor, ampáranos en nuestra tarea, y danos la fuerza y la voluntad para llevarla a cabo. Si este niño debe ser un motivo de pruebas para nosotros, ¡que se cumpla tu voluntad!

Espíritus buenos que habéis presidido su nacimiento y que debéis acompañarlo durante su vida, no lo abandonéis. Apartad de él a los Espíritus inferiores que pudieran inducirlo al mal. Dadle fuerza para resistir a sus sugerencias, y valor para que sufra con paciencia y resignación las pruebas que lo esperan en la Tierra. (Véase el Capítulo XIV, § 9.)

55. (OTRA) Dios mío, me has confiado la suerte de uno de tus Espíritus. Haz, Señor, que sea digno de la tarea que me encomendaste. Concédeme tu protección. Ilumina mi inteligencia a fin de que pueda percibir desde el comienzo las tendencias de aquel a quien me corresponde preparar para que ingrese en tu paz.

56. (OTRA) Dios de infinita bondad, puesto que has permitido al Espíritu de este niño que venga a sufrir nuevamente las pruebas terrenales, destinadas a hacerlo progresar, dale la luz, a fin de que aprenda a conocerte, amarte y adorarte. Haz, por tu omnipotencia, que esta alma se regenere en el manantial de tus divinas instrucciones; que, al amparo de su ángel de la guarda, su inteligencia se expanda, se desarrolle y le inspire el deseo de aproximarse cada vez más a ti; que la ciencia del espiritismo sea la luz brillante que lo ilumine para superar los escollos de la vida; que sepa, en fin, apreciar la inmensidad de tu amor, que nos pone a prueba para purificarnos.

Señor, envía una mirada paternal a la familia a la que habéis confiado esta alma, para que pueda comprender la importancia de su misión y haga que germinen en este niño las buenas semillas, hasta el día en que él pueda, con el impulso de sus propias aspiraciones, elevarse por sí mismo hacia ti.

Dígnate, ¡oh Dios mío!, escuchar esta humilde plegaria, en nombre y por los méritos de Aquel que dijo: “Dejad que los niños vengan a mí, porque el reino de los Cielos es para los que se les parecen”.

Para un agonizante

57. PREFACIO. La agonía es el preludio de la separación entre el alma y el cuerpo. Se puede decir que en ese momento el hombre sólo tiene uno de sus pies en este mundo, y el otro fuera de él. El trance algunas veces es penoso para los que están demasiado apegados a la materia y han vivido más a favor de los bienes de este mundo que de los del otro, o cuya conciencia está agitada por pesares y remordimientos. En cambio, para aquellos cuyos pensamientos se han elevado hacia lo infinito y se desprendieron de la materia, los lazos se desatan con más facilidad, y sus momentos postreros nada tienen de doloroso. El alma está entonces ligada al cuerpo solamente por un hilo, mientras que, en el otro caso, profundas raíces la mantienen sujeta. Sea como fuere, la oración ejerce una acción poderosa en el trabajo de desprendimiento. (Véase, más adelante, “Oraciones para los enfermos”, y El Cielo y el Infierno, Segunda parte, Capítulo I, “El tránsito”.)

58. ORACIÓN. Dios omnipotente y misericordioso, aquí tienes un alma que se prepara para abandonar su envoltura terrenal y retornar al mundo de los Espíritus, su verdadera patria. Que pueda volver en paz, y que tu misericordia se extienda sobre ella.

Espíritus buenos que la habéis acompañado en la Tierra, no la abandonéis en este momento supremo. Dadle fuerza para soportar los últimos padecimientos que debe sobrellevar en este mundo a favor de su adelanto futuro. Inspiradla para que consagre al arre-

pentimiento de sus faltas los últimos destellos de inteligencia que le restan o que pueden volverle momentáneamente.

Dirigid mi pensamiento, a fin de que su acción haga menos penoso el trabajo de desprendimiento, y que esta alma lleve consigo, en el momento de dejar la Tierra, los consuelos de la esperanza.

IV. Oraciones para los que ya no estan en la tierra

Para los recién fallecidos

59. PREFACIO. Las oraciones para los Espíritus que acaban de dejar la Tierra no tienen como única finalidad darles un testimonio de simpatía, sino también ayudarlos en su desprendimiento y, por lo tanto, abreviar la turbación que sigue siempre a la separación, de modo de hacerles más calmo el despertar. No obstante, en esta como en cualquier otra circunstancia, la eficacia de la oración reside en la sinceridad del pensamiento, y no en la abundancia de palabras pronunciadas más o menos pomposamente, en las cuales, la mayoría de las veces, el corazón no toma parte.

Las oraciones que parten del corazón resuenan alrededor del Espíritu, cuyas ideas están aún confusas, como las voces amistosas que nos hacen despertar del sueño. (Véase el Capítulo XXVII, § 10.)

60. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, que tu misericordia se extienda sobre el alma de N..., a la que acabas de llamar hacia ti. ¡Que las pruebas que ha sufrido en la Tierra se consideren a su favor, y que nuestras plegarias mitiguen y abrevien las penas que aún tenga que sufrir como Espíritu!

Espíritus buenos que habéis venido a recibirlo, y tú particularmente, su ángel de la guarda, ayudadlo a despojarse de la materia. Dadle la luz y la conciencia de sí mismo, a fin de sacarlo de la turbación que acompaña al tránsito de la vida cor-

poral a la vida espiritual. Inspiradle el arrepentimiento de las faltas que haya podido cometer, y el deseo de que se le permita repararlas, para acelerar su adelanto rumbo a la vida de eterna bienaventuranza.

N..., acabas de ingresar en el mundo de los Espíritus y, sin embargo, estás aquí presente entre nosotros. Nos ves y nos escuchas, pues la única diferencia entre tú y nosotros es el cuerpo perecedero que acabas de abandonar y que muy pronto quedará reducido a polvo.

Has dejado la grosera envoltura, sujeta a las vicisitudes y a la muerte, y sólo conservas la envoltura etérea, imperecedera e inaccesible a los padecimientos. Si bien ya no vives con el cuerpo, vives la vida de los Espíritus, y esa vida se halla exenta de las miserias que afligen a la humanidad.

Tampoco tienes delante el velo que nos oculta los resplandores de la vida futura. De hoy en adelante puedes contemplar nuevas maravillas, mientras que nosotros estamos aún sumergidos en las tinieblas.

Vas a recorrer el espacio y visitar los mundos con plena libertad, mientras que nosotros nos arrastramos penosamente en la Tierra, donde nos retiene nuestro cuerpo material, semejante para nosotros a una carga muy pesada.

El horizonte de lo infinito va a desplegarse delante de ti, y ante tanta grandeza comprenderás la vanidad de nuestros deseos terrenales, de nuestras ambiciones mundanas y de los goces fútiles con que los hombres tanto se deleitan.

La muerte, para los hombres, no es más que una separación material de algunos instantes. Desde el destierro donde nos retiene aún la voluntad de Dios, así como los deberes que tenemos que cumplir en la Tierra, seguiremos acompañándote con el pensamiento, hasta el momento en que se nos permita reunirnos contigo, así como tú te has reunido con los que te precedieron.

Nosotros no podemos ir al lugar en que te encuentras, pero tú puedes venir a nuestro lado. Ven, pues, junto a los que te aman y que has amado. Ampáralos en las pruebas de la vida. Vela por los que te son queridos. Protégelos, según tu poder. Atenúa sus pesares con el pensamiento de que eres más feliz ahora, y mediante la consoladora certeza de que llegará el día en que estaréis reunidos en un mundo mejor.

En el mundo en que te encuentras habrán de extinguirse todos los rencores terrestres. ¡Ojalá, de aquí en adelante, seas inaccesible a ellos, para tu felicidad futura! Perdona, pues, a los que te han hecho algún agravio, como ellos te perdonan los que tú cometiste contra ellos.

Nota. Pueden añadirse a esta oración, aplicable a todos, algunas palabras especiales, según las circunstancias particulares de familia o de relaciones, así como a la posición social que ocupaba el difunto.

Si se trata de un niño, el espiritismo nos enseña que no hay en él un Espíritu que ha sido creado recientemente, sino uno que ha vivido ya y que puede ser muy adelantado. Si su última existencia ha sido corta, se debe a que no era más que el complemento de una prueba, o a que constituía una prueba para sus padres. (Véase el Capítulo V, § 21.)

61. (OTRA)¹⁸ Señor Todopoderoso, ¡que tu misericordia se extienda sobre nuestros hermanos que acaban de dejar la Tierra! ¡Que tu luz resplandezca ante ellos! ¡Sácalos de las tinieblas, ábreles los ojos y los oídos! ¡Que los Espíritus buenos los acompañen y les hagan oír palabras de paz y de esperanza!

Señor, por indignos que seamos, nos atrevemos a implorar tu misericordiosa indulgencia en favor de ese nuestro hermano que acaba de ser llamado del destierro. Haz que su regreso sea el del hijo pródigo. Olvida, ¡oh Dios mío!, las faltas que ha podido co-

¹⁸ Esta oración fue dictada a un médium de Burdeos, en el momento en que pasaba delante de su casa el cortejo fúnebre de un desconocido. (Nota de Allan Kardec.)

meter, para tener presente tan solo el bien que hizo. Sabemos que tu justicia es inmutable, pero también sabemos que tu amor es inmenso. Te suplicamos que aplaques tu justicia en ese manantial de bondad que emana de ti.

¡Que la luz se haga para ti, hermano mío, que acabas de dejar la Tierra! ¡Que los buenos Espíritus del Señor desciendan hacia ti, te acompañen y te ayuden a cortar tus cadenas terrenales! Comprende y admira la grandeza de nuestro Maestro. Sométete, sin quejarte, a su justicia, pero nunca desesperes de su misericordia. ¡Hermano! Que un serio análisis de tu pasado te abra las puertas del porvenir, y te haga comprender las faltas que dejas detrás de ti, así como el trabajo que te queda por hacer para repararlas. Que Dios te perdone, y que los Espíritus buenos te sostengan y te animen. Tus hermanos de la Tierra orarán por ti, y te piden que ores por ellos.

Para las personas que amamos

62. PREFACIO. ¡Qué espantosa es la idea de la nada! ¡Qué dignos de compasión son los que creen que la voz del amigo que llora a su amigo se pierde en el vacío, sin encontrar un eco que le responda! Nunca han conocido afectos puros y santos los que piensan que todo muere con el cuerpo; los que piensan que el genio que ha iluminado el mundo con su vasta inteligencia es una combinación de materia que, como un soplo, se extingue para siempre; los que piensan que del ser más querido, de un padre, de una madre o de un hijo adorado, sólo queda un poco de polvo que el tiempo dispersa definitivamente.

¿Cómo es posible que un hombre de buen corazón pueda quedarse tranquilo con este pensamiento? ¿Cómo es posible que la idea de un aniquilamiento absoluto no lo hiele de espanto y no le haga desear, al menos, que no sea así? Si hasta el presente su razón no ha bastado para apartar sus dudas, ahí está el espiritismo, que viene a disipar la incertidumbre con relación al porvenir, por medio de las pruebas materiales que aporta

acerca de la supervivencia del alma y de la existencia de los seres de ultratumba. Por eso, en todas partes esas pruebas son acogidas con alegría. Renace la confianza, pues el hombre sabe que de aquí en adelante la vida terrenal sólo es un breve pasaje que conduce a una vida mejor; sabe que sus trabajos en este mundo no se han perdido para él, y que sus más sagrados afectos no se destruyen para siempre. (Véase el Capítulo IV, § 18, y el Capítulo V, § 21.)

63. ORACIÓN. Dígnate, ¡oh Dios mío!, acoger favorablemente la oración que te dirijo para el Espíritu de N... Hazle entrever tus divinas claridades, y facilítale el camino de la dicha eterna. Permite que los Espíritus buenos le lleven mis palabras y mi pensamiento.

Y tú, N..., a quien he querido en este mundo, escucha mi voz, que te llama para ofrecerte una nueva prueba de mi afecto. Dios ha permitido que te liberases antes que yo, y de eso no podría quejarme sin egoísmo, porque sería desear que continuaras sometido a las penas y los padecimientos de esta vida. Aguardo, pues, con resignación, el momento en que nos reuniremos nuevamente en ese mundo más venturoso en el cual me has precedido.

Sé que nuestra separación es sólo momentánea y que, por larga que pudiera parecerme, su duración se borra ante la eterna dicha que Dios promete a sus elegidos. Que su bondad me preserve de hacer nada que pueda retardar ese instante deseado, y que me ahorre de ese modo el dolor de no volver a encontrarte cuando salga de mi cautiverio terrenal.

¡Oh! ¡Qué dulce y consoladora es la certeza de que sólo hay entre nosotros un velo material que te oculta a mi mirada! Que puedes estar aquí, a mi lado; que puedes verme y oírme como muchas veces lo hiciste, y aún mejor que antes; que no me olvidas como yo tampoco te olvido; que nuestros pensamientos no cesan de confundirse, y que el tuyo me sigue y me sostiene siempre.

La paz del Señor sea contigo.

Para las almas que sufren y piden oraciones

64. PREFACIO. Para comprender el alivio que la oración puede proporcionar a los Espíritus que sufren, es necesario hacer referencia al modo como ella actúa, de conformidad con lo que se ha explicado más arriba. (Véase el Capítulo XXVII, §§ 9, 18 y siguientes.) El que está compenetrado de esa verdad ruega con más fervor, pues tiene la certeza de que no ora en vano.

65. ORACIÓN. Dios clemente y misericordioso, que tu bondad se extienda sobre todos los Espíritus que se encomiendan a nuestras oraciones, y particularmente sobre el alma de N...

Espíritus buenos, cuya única ocupación es hacer el bien, interceded conmigo a favor del alivio de todos ellos. Haced que resplandezca ante sus ojos un rayo de esperanza, y que la divina luz los ilumine y les haga ver las imperfecciones que los mantienen alejados de la morada de los bienaventurados. Abrid sus corazones al arrepentimiento y al deseo de purificarse, a fin de acelerar su adelanto. Hacedles comprender que mediante sus esfuerzos pueden abreviar la duración de sus pruebas.

¡Que Dios, en su bondad, les dé fuerza para que perseveren en sus buenas resoluciones!

Puedan estas palabras benévolas mitigar sus penas, y mostrarles que en la Tierra hay seres que se compadecen de ellos y desean su felicidad.

66. (OTRA) Te suplicamos, Señor, que derrames las gracias de tu amor y tu misericordia sobre todos los que sufren, sea en el espacio como Espíritus errantes, o entre nosotros como Espíritus encarnados. Ten compasión de nuestras debilidades. Tú nos has hecho falibles, pero nos diste la fuerza para resistir al mal y vencerlo. Que tu misericordia se extienda sobre todos los que no han sido capaces de resistir sus malas inclinaciones y aún se dejan arrastrar por malos caminos. Que vuestros Espíritus buenos los

acompañen; que tu luz resplandezca ante sus ojos y que, atraídos por su calor vivificante, acudan a postrarse a tus pies, humildes, arrepentidos y sumisos.

Nosotros también te rogamos, Padre de misericordia, por aquellos hermanos nuestros que no han tenido fuerza para sobrellevar las pruebas terrenales. Tú nos diste una carga para llevar, Señor, y debemos depositarla a tus pies. Con todo, grande es nuestra debilidad, y a veces nos falta valor durante el camino. Ten piedad de esos servidores indolentes que han abandonado la obra antes de la hora establecida. Que tu justicia los perdone, y permite que tus Espíritus buenos les lleven alivio, consuelo y esperanza en el porvenir. La perspectiva del perdón fortifica el alma. Muéstrala, Señor, a los culpables que están desesperados. Entonces, sustentados por esa esperanza, extraerán fuerza incluso de la magnitud de sus faltas y de sus padecimientos, a fin de rescatar su pasado y prepararse para la conquista del porvenir.

Para un enemigo muerto

67. PREFACIO. La caridad para con nuestros enemigos debe acompañarlos más allá de la tumba. Es necesario que reflexionemos acerca de que el mal que nos hicieron constituyó para nosotros una prueba, la cual ha podido ser de utilidad para nuestro adelanto, en caso de que hayamos sabido aprovecharla. Esa prueba pudo ser aún más provechosa que las aflicciones puramente materiales, porque, junto al valor y la resignación, nos permitió aplicar la caridad y el olvido de las ofensas. (Véase el Capítulo X, § 6, y el Capítulo XII, §§ 5 y 6.)

68. ORACIÓN. Señor, te has dignado llamar antes que a mí al alma de N... Le perdono el daño que me ha hecho y sus malas intenciones hacia mí. Ojalá se arrepienta por ello, ahora que ya no alienta las ilusiones de este mundo.

Que tu misericordia, Dios mío, se extienda sobre él, y aparte de mí el pensamiento de alegrarme de su muerte. Si le hice mal,

que me lo perdone, del mismo modo que yo olvido el mal que él me ha hecho.

Para un criminal

69. PREFACIO. Si la eficacia de las oraciones dependiera de la cantidad de palabras, las más largas deberían reservarse para los más culpables, porque las necesitan más que los que han vivido santamente. Rehusarlas a los criminales es faltar a la caridad y desconocer la misericordia de Dios. Considerarlas inútiles, por el hecho de que un hombre haya cometido tal o cual falta, es prejuzgar la justicia del Altísimo. (Véase el Capítulo XI, § 14.)

70. ORACIÓN. Señor, Dios de misericordia, no rechaces a ese criminal que acaba de dejar la Tierra. La justicia de los hombres lo condenó, pero no ha quedado exento de la tuya, si el remordimiento no ha conmovido su corazón.

Quítale la venda que le oculta la gravedad de sus faltas. ¡Que con su arrepentimiento encuentre gracia ante ti, y que se alivien los pesares de su alma! ¡Que también nuestras oraciones y la intercesión de los Espíritus buenos le den esperanza y consuelo! ¡Inspírale el deseo de reparar sus malas acciones en una nueva existencia, y dale fuerza para que no desfallezca en medio de las nuevas luchas que habrá de emprender!

¡Señor, ten piedad de él!

Para un suicida

71. PREFACIO. El hombre nunca tiene derecho a disponer de su propia vida, porque sólo a Dios le cabe retirarlo del cautiverio terrenal, cuando lo juzgue oportuno. Sin embargo, la justicia divina puede atenuar su rigor de acuerdo con las circunstancias, aunque reserva la mayor severidad para aquel que quiso evitar las pruebas de la vida. El suicida es como el preso que se escapa de la cárcel antes de cumplir la condena y que, cuan-

do es apresado de nuevo, recibe un trato de mayor severidad. Lo mismo sucede con el suicida, pues supone que se ha escapado de las miserias del presente y, por el contrario, se sumerge en desgracias mayores. (Véase el Capítulo V, § 14 y siguientes.)

72. ORACIÓN. Sabemos, ¡oh Dios mío!, cuál es la suerte reservada a los que violan tus leyes cuando abrevian voluntariamente sus días. Pero también sabemos que tu misericordia es infinita. Dígnate entonces derramarla sobre el alma de N... ¡Que nuestras oraciones y tu conmiseración alivien la amargura de los padecimientos que experimenta, por no haber tenido el valor de esperar la finalización de sus pruebas!

Espíritus buenos, que tenéis la misión de asistir a los desdichados, tomadlo bajo vuestra protección, inspiradle arrepentimiento por la falta que ha cometido, y que vuestra asistencia le dé fuerza para sobrellevar con más resignación las nuevas pruebas por las que deberá pasar para repararla. Apartad de él a los Espíritus malos, que podrían impulsarlo nuevamente al mal y prolongarían sus padecimientos, al hacerle perder el fruto de sus pruebas futuras.

En cuanto a ti, N..., cuya desgracia es motivo de nuestras oraciones, ¡que nuestra conmiseración endulce tus amarguras y haga nacer en ti la esperanza de un futuro mejor! Ese futuro está en tus manos. Confía en la bondad de Dios, que ampara a todos los que se arrepienten y sólo rechaza a los corazones empecinados en el mal.

Para los Espíritus arrepentidos

73. PREFACIO. Sería injusto incluir en la categoría de los Espíritus malos a los que sufren y a los arrepentidos que solicitan oraciones. Tal vez han sido malos, pero ya no lo son, puesto que reconocen sus faltas y lamentan haberlas cometido. No son otra cosa que desdichados. Algunos de ellos empiezan, incluso, a gozar de una relativa felicidad.

74. ORACIÓN. Dios de misericordia, que aceptas el arrepentimiento sincero del pecador, ya sea que esté encarnado o desencarnado, aquí tienes un Espíritu que se complacía en el mal, pero que reconoce sus faltas e ingresa en el camino del bien. Dígnate, ¡oh Dios mío!, recibirlo como un hijo pródigo y perdonarlo.

Espíritus buenos, aunque él haya despreciado vuestra voz, de aquí en adelante desea escucharos. Permitidle entrever la felicidad de los elegidos del Señor, a fin de que persista en el deseo de purificarse para conseguirla. Amparadlo en sus buenas resoluciones, y dadle fuerza para resistir a sus malos instintos.

Espíritu de N..., te felicitamos por tu conversión, y damos gracias a los Espíritus buenos que te han ayudado.

Si antes te complacías en hacer el mal, era porque no comprendías cuán dulce es el goce de hacer el bien. Además, te considerabas demasiado insignificante para pretender conseguirlo. Sin embargo, desde el instante en que pusiste el pie en el camino del bien, una nueva luz ha brillado para ti. Empezaste a disfrutar de una felicidad que no conocías, y la esperanza ha penetrado en tu corazón. Eso se debe a que Dios escucha siempre la oración del pecador arrepentido, y no rechaza a ninguno de los que acuden a Él.

Para volver a obtener por completo la gracia del Señor, aplícate, de ahora en adelante, no sólo a no hacer el mal sino, sobre todo, a reparar el mal que hiciste. Entonces habrás satisfecho la justicia de Dios. Cada una de las buenas acciones que practiques borrarán una de tus faltas del pasado.

Has dado el primer paso. Ahora, cuanto más avances en el camino, tanto más fácil y agradable te resultará. Persevera, pues, y un día tendrás la gloria de ser contado entre los Espíritus buenos y entre los bienaventurados.

Para los Espíritus empecinados en el mal

75. PREFACIO. Los Espíritus malos son los que todavía no han sido tocados por el arrepentimiento. Se complacen en el mal y no experimentan ninguna pena por ello. Insensibles a las amonestaciones, rechazan la oración y suelen maldecir el nombre de Dios. Se trata de esas almas obstinadas en el mal que, después de la muerte y a causa de los tormentos que padecen, se toman venganza en los hombres y persiguen con su odio a los que odiaron mientras vivían en la Tierra, sea por medio de la obsesión, o ejerciendo sobre ellos alguna clase de influencia funesta. (Véase el Capítulo X, § 6, y el Capítulo XII, §§ 5 y 6.)

Entre los Espíritus perversos hay dos categorías bien diferenciadas: la de los que son abiertamente malos, y la de los hipócritas. Los primeros son devueltos al camino del bien con mucha más facilidad que los segundos. La mayoría de las veces su naturaleza es torpe y grosera, como se nota entre los hombres, y hacen el mal más por instinto que por premeditación. Además, no pretenden pasar por mejores de lo que son. Con todo, hay en ellos un germen latente al que es necesario ayudar para que se manifieste, cosa que se consigue casi siempre mediante la perseverancia, la firmeza conjugada con la benevolencia, los consejos, las reflexiones y la oración. Durante la comunicación mediúmnica, la dificultad que tienen para escribir el nombre de Dios es el indicio de un temor instintivo, de una voz interior de la conciencia que les dice que son indignos de hacerlo. Cuando llegan a ese punto están preparados para la conversión, y todo puede esperarse de ellos: basta con encontrarles un punto vulnerable en el corazón.

Por su parte, los Espíritus hipócritas casi siempre son muy inteligentes, pero no tienen en el corazón ninguna fibra sensible. Nada los conmueve. Fingen todos los sentimientos buenos para captar la confianza, y se sienten felices cuando encuentran incautos que los admiten como Espíritus venerables, porque pueden dominarlos a su gusto. El nombre de Dios, lejos de inspirarles el mínimo temor, les sirve de máscara para ocultar sus torpezas. En el mundo invisible, tanto como en el mundo visible,

los hipócritas son los seres más peligrosos, porque trabajan subrepticamente y nadie desconfía de ellos. Sólo tienen la apariencia de la fe, pero no la fe sincera.

76. ORACIÓN. Señor, dignate posar tu mirada bondadosa sobre los Espíritus imperfectos, que aún permanecen en las tinieblas de la ignorancia y no te conocen, particularmente sobre el Espíritu de N...

Espíritus buenos, ayudadnos a que le hagamos comprender que si induce a los hombres al mal, por medio de la obsesión y los tormentos que les ocasiona, prolonga sus propios padecimientos. Haced que el ejemplo de la felicidad de que vosotros gozáis sea un estímulo para él.

Por tu parte, Espíritu de N..., que aún te complaces en el mal, ven a escuchar la oración que hacemos por ti. Con ella te demostraremos que deseamos hacerte bien, aunque tú hagas el mal.

Eres desdichado, pues no se puede ser feliz cuando se practica el mal. ¿Por qué, pues, sigues penando, cuando de ti depende evitarlo? Observa a los Espíritus buenos que te rodean; mira cuán felices son. ¿No sería más grato para ti gozar de la misma felicidad?

Dirás que eso te resulta imposible. Pero nada hay imposible para el que tiene voluntad, pues Dios te ha dado, al igual que a todas sus criaturas, la libertad de elegir entre el bien y el mal, es decir, entre la felicidad y la desdicha, y nadie está condenado a ser malvado. Así como tienes voluntad para hacer el mal, también puedes tenerla para hacer el bien y ser feliz.

Vuelve tu mirada hacia Dios. Elévate por un instante hacia Él mediante el pensamiento, y un rayo de su divina luz te iluminará. Di con nosotros estas simples palabras: *Dios mío, me arrepiento, perdóname*. Trata de arrepentirte y de hacer el bien, en vez de hacer el mal, y verás cómo de inmediato su misericordia descenderá hasta ti, y un bienestar indescriptible reemplazará a la angustia que experimentas.

Cuando hayas dado un paso en el camino del bien, el resto de su extensión será fácil de recorrer. Entonces comprenderás cuánto tiempo de felicidad has desperdiciado por tu culpa. No obstante, un porvenir radiante y pleno de esperanza se desplegará ante ti y hará que olvides tu miserable pasado, caracterizado por la perturbación y los tormentos morales que, si duraran eternamente, te parecerían el infierno. Llegará el día en que esos tormentos serán de tal intensidad que querrás hacerlos cesar a cualquier precio. No obstante, cuanto más te demores, tanto más difícil te resultará conseguirlo.

No creas que habrás de permanecer siempre en el estado en que te encuentras. No, eso es imposible. Tienes ante ti dos perspectivas: la una, sufrir mucho más de lo que has sufrido hasta ahora; la otra, ser feliz como los Espíritus buenos que te rodean. La primera será inevitable si persistes en tu obstinación. Un simple esfuerzo de tu voluntad alcanzará para sacarte de la dificultad en que te encuentras. Date prisa, pues, porque cada día de demora es un día perdido para tu felicidad.

Espíritus buenos, haced que estas palabras encuentren acceso en esa alma todavía atrasada, a fin de que la ayuden a acercarse a Dios. Os lo suplicamos en el nombre de Jesucristo, que tan grande poder tenía sobre los Espíritus malos.

V. Oraciones para los enfermos y los obsesos

Para los enfermos

77. PREFACIO. Las enfermedades son parte de las pruebas y de las vicisitudes de la vida terrenal. Son inherentes a nuestra densa naturaleza material y a la inferioridad del mundo en que habitamos. Las pasiones y los excesos de toda clase siembran en nosotros gérmenes malsanos, muchas veces hereditarios. En los mundos más adelantados física y moralmente, el organismo humano, más depurado y menos material, no está sujeto

a las mismas enfermedades que hay aquí, ni el cuerpo es minado secretamente por los estragos de las pasiones. (Véase el Capítulo III, § 9.) Es preciso, pues, que nos resignemos a padecer las consecuencias del medio en que nos coloca nuestra inferioridad, hasta que merezcamos pasar a otro. Con todo, mientras aguardamos el cambio, eso no debe impedir que hagamos lo que dependa de nosotros para mejorar nuestra condición actual. Si a pesar de nuestros esfuerzos no lo conseguimos, el espiritismo nos enseña a soportar con resignación nuestros males pasajeros.

Si Dios no quisiera que, en ciertos casos, los padecimientos corporales fueran disipados o aliviados, no habría puesto a nuestra disposición recursos curativos. Al respecto, su previsorá solicitud, acorde con el instinto de conservación, indica que es nuestro deber buscar y aplicar esos recursos.

Al lado de la medicación ordinaria, elaborada por la ciencia, el magnetismo nos ha dado a conocer el poder de la acción fluídica. Después, el espiritismo vino a revelarnos otra fuerza, que radica en la mediumnidad curativa y en la influencia de la oración. (Véase, más adelante, la instrucción acerca de la mediumnidad curativa, § 81.)

78. ORACIÓN. (Para que la diga el enfermo.) Señor, Tú eres todo justicia. Por consiguiente, debo merecer la enfermedad que me has enviado, dado que nunca impones un sufrimiento sin que haya una causa. Me entrego, para mi curación, a tu infinita misericordia. Si fuera de tu agrado restituirme la salud, bendito sea tu santo nombre. En caso contrario, si debo sufrir más, bendito sea tu nombre también. Me someto sin quejas a tus divinos designios, porque todo lo que haces no puede tener otra finalidad que el bien de tus criaturas.

Haz, ¡oh Dios mío!, que esta enfermedad sea para mí un aviso saludable, y me haga reflexionar acerca de mi conducta. La acepto como una expiación del pasado y como una prueba para mi fe y para mi sumisión a tu santa voluntad. (Véase la oración del § 40.)

79. ORACIÓN. (Para el enfermo.) Dios mío, tus designios son impenetrables, y en tu sabiduría has considerado necesario que N... sufra por medio de la enfermedad. Te suplico que dirijas una mirada compasiva sobre sus padecimientos y te dignes ponerles un término.

Espíritus buenos, ministros del Todopoderoso, os pido que secundéis mi deseo de aliviarlo. Dirigid mi pensamiento, a fin de que este acuda a derramar un bálsamo saludable sobre su cuerpo, así como el consuelo en su alma.

Inspiradle la paciencia y la sumisión a la voluntad de Dios. Dadle fuerza para sobrellevar sus dolores con resignación cristiana, a fin de que no pierda el fruto de esta prueba. (Véase la oración del § 57.)

80. ORACIÓN. (Para que la diga el médium curador.) Dios mío, si te dignas servirte de mí, indigno como soy, podré curar esta enfermedad, si esa es tu voluntad, porque tengo fe en ti. No obstante, sin ti nada puedo. Permite que los Espíritus buenos me impregnen con sus fluidos saludables, para que yo los transmita al enfermo, y aparta de mí todo pensamiento de orgullo y de egoísmo que pudiese alterar su pureza.

Para los obsesos

81. PREFACIO. La obsesión es la acción persistente que un Espíritu malo ejerce sobre un individuo. Presenta características muy diversas, que van desde la simple influencia moral, sin señales exteriores perceptibles, hasta la perturbación completa del organismo y de las facultades mentales. La obsesión altera todas las facultades mediúmnicas. En la mediumnidad de escritura, se reconoce por la obstinación de un Espíritu en manifestarse, con exclusión de todos los otros.

Los Espíritus malos pululan alrededor de la Tierra, en virtud de la inferioridad moral de sus habitantes. Su acción maligna forma parte de los flagelos a que se halla expuesta la humanidad en este mundo. Por consiguiente, la obsesión, al igual que las enfermedades y todas las tribulacio-

nes de la vida, debe ser considerada como una prueba o una expiación, y aceptada como tal.

Del mismo modo en que las enfermedades son el resultado de las imperfecciones físicas que hacen al cuerpo accesible a las influencias perniciosas exteriores, la obsesión es siempre el resultado de una imperfección moral que da acceso a un Espíritu malo. A una causa física se opone una fuerza física, pero a una causa moral debe oponerse una fuerza moral. Para prevenir las enfermedades, fortificamos el cuerpo; para protegernos de la obsesión, es necesario que fortifiquemos el alma. De ahí proviene la necesidad de que el obseso trabaje por su propia mejoría, lo que muchas veces es suficiente para librarlo del obsesor, sin recurrir a la ayuda de terceros. Este tipo de ayuda se torna indispensable cuando la obsesión degenera en subyugación y en posesión, porque entonces el paciente pierde, en algunas ocasiones, su voluntad y su libre albedrío.

La obsesión es casi siempre el resultado de la venganza ejercida por un Espíritu, y a menudo tiene su origen en las relaciones que el obseso ha tenido con él en una existencia precedente. (Véase el Capítulo X, § 6, y el Capítulo XII, §§ 5 y 6.)

En los casos de obsesión grave, el obseso se halla como envuelto e impregnado por un fluido pernicioso, que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los rechaza. De ese fluido es preciso liberarlo. Ahora bien, un fluido malo no puede ser eliminado por otro fluido malo. Mediante una acción idéntica a la del médium curador en los casos de enfermedad, se debe expulsar el fluido malo con la ayuda de un fluido mejor, que de alguna manera produce el efecto de un reactivo. Esa es la acción mecánica, pero no es suficiente. Por encima de todo, es necesario obrar sobre el ser inteligente, al que hay que hablar con autoridad. Y esa autoridad sólo procede de la superioridad moral. Cuanto mayor sea la superioridad moral, tanto mayor será la autoridad.

Eso no es todo, pues para garantizar la liberación del obseso es preciso inducir al Espíritu perverso a que renuncie a sus malas intenciones. Es

preciso hacer que nazca en él el arrepentimiento y el deseo del bien, mediante instrucciones hábilmente impartidas, en evocaciones particulares que se realizarán con miras a su educación moral. Recién entonces puede obtenerse la doble satisfacción de liberar a un encarnado y de convertir a un Espíritu imperfecto.

La tarea se presenta más fácil cuando el obseso comprende su situación y presta el concurso de su voluntad y de la oración. No ocurre lo mismo toda vez que, seducido por el Espíritu embustero, el obseso se equivoca acerca de las cualidades del que lo domina, en cuyo caso se complace en el error en que lo retiene este último. Entonces, lejos de secundar la asistencia que le brindan, la rechaza. Es el caso de la fascinación, que siempre es infinitamente más rebelde que la subyugación más violenta. (Véase El Libro de los Médiúms, Segunda parte, Capítulo XXIII.)

En todos los casos de obsesión, la oración es el más poderoso auxiliar disponible para obrar contra el Espíritu obsesor.

82 ORACIÓN. (Para que la diga el obseso.) Dios mío, permite que los Espíritus buenos me liberen del Espíritu maligno que se ha vinculado a mí. Si se trata de una venganza por los males que le hice en el pasado, tú lo permites, Dios mío, para mi castigo, y sufro las consecuencias de la falta que cometí. ¡Que mi arrepentimiento merezca tu perdón y mi libertad! No obstante, cualquiera que sea el motivo de mi perseguidor, imploro tu misericordia para él. Dígnate facilitarle el camino del progreso, que lo desviará de la idea de hacer el mal. Por mi parte, pueda yo devolverle bien por mal, e inducirlo de ese modo a mejores sentimientos.

Pero también sé, ¡oh Dios mío!, que son mis imperfecciones las que me hacen accesible a las influencias de los Espíritus imperfectos. Dame la luz necesaria para que los reconozca y, sobre todo, combate en mí el orgullo que me ciega con relación a mis defectos.

¡Cuál no será, pues, mi indignidad, si un ser maligno puede dominarme!

Haz, Dios mío, que ese golpe aplicado a mi vanidad me sirva de lección para el porvenir; que me fortalezca en la resolución que adopto de purificarme mediante la práctica del bien, de la caridad y de la humildad, a fin de oponer, de ahora en adelante, una barrera a las malas influencias.

Señor, dame fuerza para soportar esta prueba con paciencia y resignación. Comprendo que, como todas las otras pruebas, esta debe contribuir a mi adelanto, si no pierdo sus frutos con mis quejas, pues me proporciona la ocasión de poner de manifiesto mi sumisión, y de ejercitar mi caridad para con un hermano desdichado, perdonándole el mal que me hace. (Véase el Capítulo XII, §§ 5 y 6, y el Capítulo XXVIII, § 15 y siguientes, y §§ 46 y 47.)

83. ORACIÓN. (Por el obseso.) Dios Todopoderoso, dígnate darme el poder de liberar a N... de la influencia del Espíritu que lo obsesiona. Si está en tus designios poner término a esa prueba, concédeme la gracia de hablar a ese Espíritu con autoridad.

Espíritus buenos que me asistís, y tú, ángel de la guarda de N..., prestadme vuestro auxilio y ayudadme a liberarlo del fluido impuro que lo envuelve.

En nombre de Dios Todopoderoso, conjuro al espíritu maligno que lo atormenta, a que se retire.

84. ORACIÓN. (Para el Espíritu obsesor.) Dios infinitamente bueno, imploro tu misericordia para el Espíritu que obsesiona a N... Hazle entrever las divinas claridades, a fin de que reconozca el falso camino en que se ha internado. Espíritus buenos, ayudadme a hacerle comprender que haciendo el mal lo perderá todo, y todo lo ganará si hace el bien.

Espíritu que te complaces en atormentar a N..., escúchame, pues te hablo en nombre de Dios.

Si reflexionas, comprenderás que el mal nunca supera al bien, y que tú no puedes ser más fuerte que Dios y los Espíritus buenos.

Ellos habrían podido preservar a N... de tus ataques. Si no lo han hecho es porque él (o ella) debía sufrir una prueba. Pero cuando esa prueba concluya, te impedirán toda acción sobre tu víctima. El mal que le hayas hecho, en vez de perjudicarlo, habrá contribuido a su adelanto, y entonces será más feliz. Por consiguiente, habrás empleado tu maldad inútilmente, y se volverá en contra tuya.

Dios, que todo lo puede, y los Espíritus superiores, sus delegados, que son más poderosos que tú, podrán poner término a esa obsesión cuando lo deseen, y tu tenacidad se quebrará frente a esa suprema autoridad. No obstante, por el hecho mismo de que Dios es bueno, Él quiere dejarte el mérito de que hagas que cese por tu propia voluntad. Se trata de una moratoria que te concede. Si no la aprovechas, sufrirás sus deplorables consecuencias. Te esperan grandes castigos y crueles padecimientos. Te verás forzado a implorar la piedad y las oraciones de tu víctima, que ya te perdona y ruega por ti, lo que representa un gran mérito ante Dios y, al mismo tiempo, habrá de apresurar tu liberación.

Reflexiona, pues, mientras hay tiempo aún, porque la justicia de Dios caerá sobre ti, como sobre todos los Espíritus rebeldes. Piensa que el mal que haces en este momento forzosamente tendrá un término, mientras que si persistes en tu obstinación, tus padecimientos aumentarán sin cesar.

Cuando estabas en la Tierra, ¿no habrías considerado una estupidez sacrificar un gran bien por una ínfima satisfacción momentánea? Lo mismo sucede ahora que eres Espíritu. ¿Qué ganas con lo que haces? Apenas el triste placer de atormentar a alguien, lo que no te impide que seas desdichado, digas lo que digas, y que te vuelvas más desdichado aún.

Por otra parte, mira lo que pierdes. Observa a los Espíritus buenos que te rodean, y dime si su suerte no es preferible a la tuya. Cuando quieras, participarás de la felicidad que ellos gozan. ¿Qué es necesario para conseguirlo? Implorar a Dios y hacer el bien en

vez del mal. Sé que no puedes transformarte de repente, pero Dios no exige lo imposible: sólo quiere buena voluntad. Así pues, haz la prueba y nosotros te ayudaremos. Haz que pronto podamos decir a tu favor la oración para los Espíritus arrepentidos (§ 73), y que ya no tengamos que clasificarte entre los Espíritus malos, mientras aguardamos a que puedas contarte entre los buenos.

(Véase también el § 75: “Oraciones para los Espíritus empecinados en el mal”.)

Observación. La cura de las obsesiones graves requiere mucha paciencia, perseverancia y abnegación. Exige también tacto y habilidad para encaminar en el bien a Espíritus que muchas veces son muy perversos, obstinados en el mal y astutos, porque los hay rebeldes en el grado máximo. En la mayor parte de los casos tenemos que guiarnos por las circunstancias. Sin embargo, cualquiera que sea el carácter del Espíritu, es un hecho cierto que nada se obtiene por la fuerza o las amenazas. Toda la influencia reside en el ascendiente moral. Otra verdad, igualmente comprobada tanto por la experiencia como por la lógica, es la absoluta ineficacia de los exorcismos, las fórmulas, las palabras sacramentales, los amuletos, los talismanes, las prácticas exteriores o cualquier otra señal material.

La obsesión muy prolongada puede ocasionar desórdenes patológicos y requiere, algunas veces, un tratamiento simultáneo o consecutivo, sea magnético o medicinal, para restablecer la salud del organismo. Destruída la causa, resta combatir los efectos. (Véase El Libro de los Médiums, Segunda parte, Capítulo XXIII, “Acerca de la obsesión”; y la Revista Espírita, de febrero y marzo de 1864, y de abril de 1865, donde se registran ejemplos de curas de obsesiones.)

